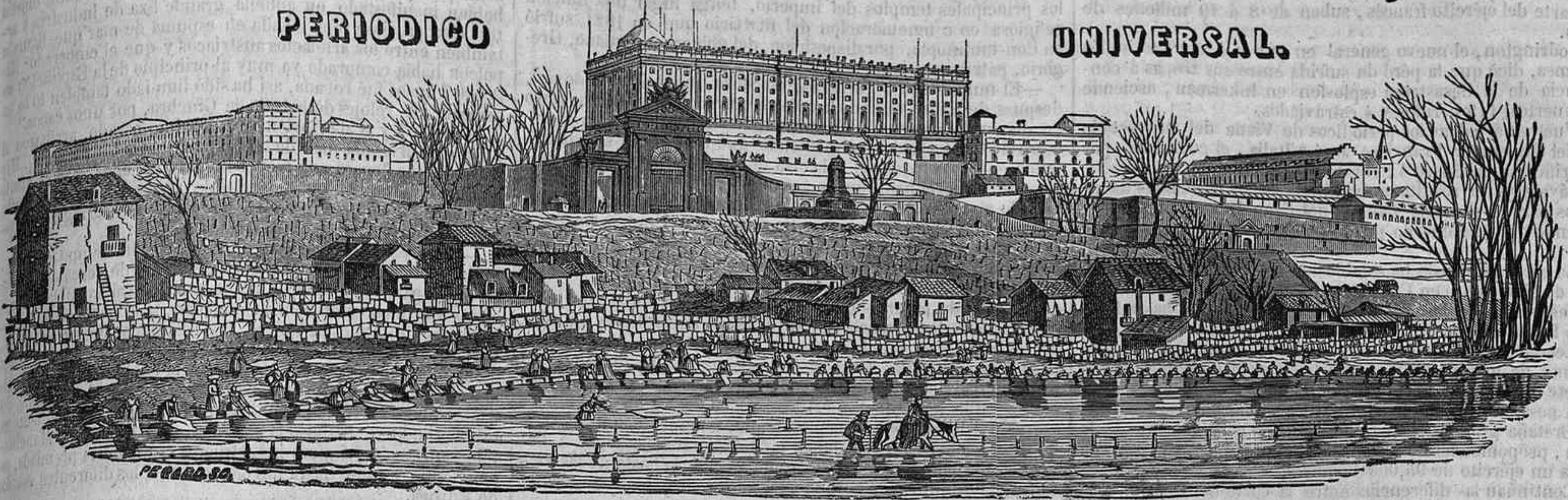


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 8 rs.

NUM. 353.—LUNES 3 DE DICIEMBRE DE 1855.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

A NUESTROS SUSCRITORES.

LA ILUSTRACION entrará con el primer número de enero próximo, en el octavo año de su existencia: el mayor crecimiento que debe al público, la obliga también a preparar nuevas mejoras, para inaugurar el período que comienza en 1856. No es este lugar de detallarlas, preferimos que nuestros lectores las juzguen, seguros de que las apreciarán en lo que valgan.

Indicaremos solo, que a la variedad de materias que LA ILUSTRACION tiene por sistema, añadirá el año próximo la circunstancia, de que sus lecturas serán mucho más escogidas que hasta aquí, y que una gran parte de sus artículos, serán originales y firmados por escritores conocidos y apreciados del público.

La magnífica colección de láminas que LA ILUSTRACION publica, sin rival en España y superior también a las que estampan la mayor parte de los periódicos más ilustrados del extranjero, adquirirá nuevo interés, porque formarán parte de ella muchos de asuntos españoles.

En una palabra, nuestra revista semanal, que ha llegado a ocupar dignamente el puesto de periódico universal ilustrado, consagrará, dividirá el año próximo su espacio para tomar a los grandes sucesos del extranjero sin dejar pasar desapercibidos los del interior que sean dignos de archivar en sus columnas.

LA ILUSTRACION no tiene este año que llamar la atención del público hacia su porvenir, le basta recordar a sus lectores la colección de los números de 1854 y 1855.

LA ILUSTRACION renuncia también a un nuevo prospecto para anunciar el nuevo tomo que saldrá el primer lunes de 1856 porque los dos últimos y el principio del que sigue, suplen a las ya pasadas frases que se emplean en aquel género de anuncios. Confiada en su pasado, a pesar de los frecuentes defectos en que ha incurrido, preparada para el porvenir y con ánimo de corregirlos, no cree necesarios grandes esfuerzos para merecer otra vez más el apoyo de sus lectores que tan eficaz se le han prestado durante siete años.

Constituyendo los doce suplementos de doscientas ochenta y ocho columnas, en doble folio, con cien láminas y doce piezas de música, un REGALO que hacemos a los suscritores a LA ILUSTRACION, advertiremos que se recibirán los que se suscriban antes de 1.º de Enero de 1856.

Pasada esta fecha, ninguna persona tendrá opción a otra cosa, que al número ordinario de cada lunes, sin que pueda reclamar los doce grandes suplementos que constituyen el regalo que venimos haciendo de algunos años acá. Estamos resueltos a no hacer este año una sola excepción en favor de nadie, porque necesitamos fijar la tirada en fin de 1855.

Los tomos de 1849 a 1854, todos independientes unos de otros, se venden a 50 rs. en cada uno en Madrid y 60 en provincias.

REVISTA UNIVERSAL.

Noticias de actualidad. Los periódicos alemanes aseguran que la misión de Canrobert a Suecia ha hecho completo fiasco.

—Dícese que el emperador Alejandro inspeccionará todas

las plazas fuertes del Báltico, como le acaba de verificar con las del mar Negro.

—El almirante Napier ha sido nombrado representante en el Parlamento por Southwark.

El ejército que manda Omer-Bajá para emprender sus operaciones contra los rusos en Asia asciende escasamente a 36,000 combatientes.

—Los navíos de línea franceses que regresan del Oriente a Francia, serán provistos todos durante este invierno de tornillo.

—Hállase a la sazón en Londres el ministro de Hacienda de Portugal Fontes Pereira de Mello, con objeto de contraer un empréstito.

—La corte de Sajonia que había pasado todo el verano en el Real Sitio de Pilsnitz, ha regresado a la capital.

—Varios periódicos franceses traen la noticia que en el pueblo de Saint Vallier han sido acometidos del cólera las aves domésticas, y aun las perdices del campo.

—El general Bazaine que mandó la expedición contra Kinburn se halla de vuelta en Eupatoria, con la mayor parte de sus fuerzas.

—Segun noticias recientes del teatro de la guerra en Asia, sábase que Omer-Bajá ha establecido su cuartel de invierno en las inmediaciones de Batum.

—Estáblecese en Trebisonda un hospital militar para 1,500 enfermos. Escriben del mismo punto que procedente de la Crimea ha pasado por allí con destino a Argel un regimiento de cazadores de Africa.

—Las cámaras del granducado de Baden han sido convocadas para el 24 de Noviembre. Parece que el reintegro de las armas a la milicia ciudadana se verificará aun antes.

—El rey de Baviera se ha encargado de hacer las veces de padre de los dos hijos del doctor Riedel de Munich, el cual como ya hemos dicho en otro número, se había suicidado.

—El día 3 de Noviembre se encargó el general Codrington del mando superior del ejército inglés en Crimea. Simpron se embarcó el 5 para Constantinopla.

—Escriben de Nueva-York, circulan varios billetes de Banco falsos en aquel país, habiendo sido aprehendidos ya dos de los sujetos dedicados a dicha falsificación.

—Dice la Gaceta austriaca que sabe de origen muy fidedigno que en Silistria se formará un campamento francés de 50,000 hombres.

—Queda nombrado definitivamente el conde Morny presidente del cuerpo legislativo francés para 1856.

—Desde que el coronel Real se ha encargado de la organización de la legión anglo-italiana prospera bastante, contando ya más de 1,000 plazas.

—El ejército de vanguardia de Omer-Bajá le manda



El general MARIA JOSE BOQUET, comandante general de la segunda división del ejército francés en la Crimea.

el general húngaro Ferhad-Baja. Los rios los pasan las tropas turcas por puentes volantes.

—Los daños causados por el incendio que redujo á cenizas el edificio en que se encontraban acopiados los víveres para gran parte del ejército francés, suben de 8 á 10 millones de francos.

—Codrington, el nuevo general en jefe del ejército inglés en Crimea, dice que la pérdida sufrida entre sus tropas á consecuencia de la desastrosa explosion en Inkerman, asciende á 22 muertos, 119 heridos y 4 estraviados.

—Vuelven á hablar los periódicos de Viena del proyectado viaje del emperador Francisco José á Italia, el cual debe, por fin, verificarse en Enero ó Febrero próximo.

—Sávese ya el resultado definitivo de las elecciones de diputados para la segunda Cámara del Gran Ducado de Baden, resultando que el gobierno puede contar con una grande mayoría.

—La corte de Prusia ha establecido su residencia desde el día 11 de Noviembre en Charlottendurg, en donde permanecerá, á escepcion de los primeros días de carnaval, hasta Pascua de Resurreccion.

—Leemos en los periódicos de Alemania, que cada vez se pone mas de manifiesto las simpatías especiales que el nuevo gabinete de la Grecia abraza por la Rusia.

—A pesar de haber renacido las esperanzas de paz, hace la Gran Bretaña grandes preparativos para la continuacion de la guerra, proponiéndose reunir para la próxima primavera en Crimea un ejército de 95,000 hombres.

—Continúan las diferencias entre la corte de Toscana y la de Turin, considerándose generalmente que aquellas no desaparecerán mientras no dimita su cartera Luigi Cibrario, ministro de Negocios Etranjeros.

—Segun se desprende de los recientes periódicos de Londres no se sabe aun á punto fijo para cuándo debe reunirse el Parlamento inglés, y aun hay quien pretende que está resuelta su disolucion.

—Escriben de Marsella que de un dia para otro deben llegar á aquel puerto el vapor *Fleurus*, á cuyo bordo van 1,000 hombres de la guardia imperial procedentes de la Crimea y que el 13 habia salido de Constantinopla.

—Los desmanes de los bandoleros en Grecia degeneran ya escenas de horror, extendiéndose hasta el territorio turco, en vista de lo cual tratan las potencias occidentales de dictar enérgicas medidas.

—Lord Stanley no ha admitido la cartera de las Colonias, por habérselo así aconsejado su padre el conde de Derby, y porque no está de acuerdo con lord Palmerston, en cuanto á la cuestion de la guerra.

—El Sultan ha regalado á los generales que dirijieron la brillante defensa de Kars espadas guarnecidas de brillantes, y eximido á los habitantes de la ciudad de toda contribucion durante tres años, por lo bien que se portan con las tropas de la guarnicion.

—En el discurso de apertura de las Cámaras sardas declaró el rey haberse obligado con las potencias occidentales para luchar por la justicia, la civilizacion é independencia de las naciones.

—Segun recientes noticias de Constantinopla, han concluido los aliados en las cercanías del fuerte Nicolás obras de consideracion, y aumentado asimismo las baterías dirigidas contra los fuertes rusos del lado N. de Sebastopol.

—Han sido presos en Berlin dos ayudas de cámara de un general que se halla en muy íntimas relaciones con el rey, por haber aquellos presentado copia á una embajada extranjera, de cuantos despachos y actas confidenciales habian sido remitidos y confiados por el rey al general.

—Al verificarse la instalacion del lord mayor de Londres, pronunció el embajador francés, conde de Persigny, un discurso en que declaró como indisoluble la alianza entre Francia é Inglaterra.

—El *Moniteur de la Flotte* confirma la noticia de que los Estados Unidos hacen todos los esfuerzos posibles para que el gobierno griego les ceda una de las islas del Archipiélago.

—Segun noticias de Bélgica, salieron el 23 de aquel país, procedentes de Inglaterra, el príncipe de Joinville y el duque de Aumale, con direccion á Italia, para juntarse con su venerable madre, la reina María Amelia, cuyo estado de salud, sin ser grave aun, inspira, segun se asegura, algun cuidado.

—Lo que principalmente preocupa en estos momentos la atencion del mundo diplomático, son los asuntos de Grecia, y el arreglo de los principados Danubianos, todo lo cual será discutido en conferencias especiales que van á celebrarse en Constantinopla, tan pronto como llegue á aquella capital el baron de Prokesch.

—Aun no se sabe á punto fijo para cuándo principiarán las conferencias relativas á la estincion ó arreglo ulterior del peaje del Sund; por de pronto ha recibido el gobierno danés el aviso que todas las naciones (inclusa la Rusia), á quienes interesa directamente aquella cuestion, enviarán sus representantes.

—En la refriega que tuvo lugar en Constantinopla entre franceses y tunesinos, á consecuencia de haber un soldado francés ébrio, asesinado á otro tunesino, perecieron 11 individuos, habiendo habido así mismo, bastante heridos y entre ellos dos sacerdotes turcos, que escitaron á los tunesinos contra los franceses.

—Hablando el *Morning-Advertiser* de la reciente espulsion de los refugiados políticos de Inglaterra, indica que esta podría dar lugar á que se turvára gravemente la alianza anglo-francesa.

—El príncipe electoral de Hesse no hallando en su propio país, un segundo ministro Hassenpflug, se lo ha buscado en Prusia, en la persona del señor Wagener, redactor que fué de la *Gaceta de la Cruz*.

—A bordo del *Simun*, ha marchado con destino á Balaklava, el primer regimiento lijero de infantería de la legion anglo-alemana, que se organizó en Helgoland.

—En los periódicos de Viena, se lee que el espíritu del ejército ruso en Crimea, se ha reanimado con los considerables esfuerzos recientemente recibidos, en términos que en todo piensa menos en abandonar aquella península.

—El embajador francés en Atenas, ha noticiado á su gobierno, que el nuevo representante de los Estados Unidos en aquella corte, habia hecho al embajador ruso una visita con la

mayor ostentacion, sin haber hecho otro tanto para con los representantes de las potencias occidentales.

Religion. Con objeto de enardecer aun mas el celo religioso del pueblo ruso, ha dispuesto el gobierno que en todos los principales templos del imperio, tenga lugar una funcion religiosa en conmemoracion del martirio que en 1821 sufrió en Constantinopla, por disposicion del gobierno otomano, Gregorio, patriarca griego.

—El nuncio de Su Santidad, en Suiza, monseñor de Boveri, despues de haber visitado la casa de correccion en Berna, puso en manos del director de la misma, cierta cantidad para el socorro de los detenidos, disponiendo que una mitad sea distribuida entre los católicos, y la otra mitad entre los protestantes.

—En el periódico francés *La Presse*, se lee: Nada han adelantado aun los asuntos pendientes entre el Piamonte y la Santa Sede, diciéndose empero por otra parte, que Francia ha obtenido, para que no se agie mas la cuestion, que el sacro colegio se limite á las anteriores alocuciones consistoriales, y que no se dé contestacion al *Memorandum* piamontés.

—Acaba de pasar el obispo de Soloturn, en Suiza, una circular á todos los párrocos de su diócesis, encaminada á prohibir las oraciones fúnebres en los entierros, que hasta ahora fueron pronunciadas por aquellos, alegando que destruyen la uniformidad del rito respectivo, y aun colocan al párroco á veces en situacion difícil y crítica, sin edificar á los fieles mayormente, habiendo aun ocurrido que, á pesar de la mas grande discrecion y cautela, daban las tales oraciones lugar á disgustos, ora porque no se habian encajado lo bastante las virtudes del difunto, ora porque el orador solo hablaba en términos generales.

—Leemos en la *Gaceta Universal* de Ausburgo: Sabemos de muy buen origen, que la elevacion al cardenalato del joven Luciano Bonaparte, debe tener lugar en obsequio del emperador de los franceses, en un consistorio particular, en el cual no se nombraría á otro alguno para aquella alta dignidad, sino á dicho esclarecido sacerdote.

Jurisprudencia y administracion. Bajo la denominacion de *Sociedad del Libre Amor*, existe en Nueva-York, una asociacion de 500 á 600 individuos, los cuales celebran frecuentes reuniones con la tendencia de promover el matrimonio en la forma que tiene en el dia, habiendo entre ellos mismos, ya de hecho, anulado tan sagrado vínculo, tanto que sus miembros pueden, segun su inclinacion, contraer relaciones conyugales por el tiempo que les acomode. Propónense asimismo, de privar al Estado del derecho de dictar leyes acerca del matrimonio, y establecen el principio que la mujer tiene facultades de elegir como padre de sus hijos al que mejor les parezca. La práctica de principios y tendencias tan eminentemente disolventes, ha causado, como es fácil de concebir, escándalos sin cuento, y hondas disensiones en las familias. En su consecuencia, se ha visto el gobierno de la *República modelo!*... á tomar por su cuenta á los tales apóstoles del *Amor libre* y á sus afiliados, citándolos ante la ley.

—Salvo algunas modificaciones, queda, en virtud de un real decreto, restablecido en Prusia en favor de las familias nobles, la jurisdiccion especial y privilegiada, abolida por la revolucion de 1848; así como tambien los demás derechos y privilegios que les aseguraba el acta constitutiva de la confederacion germanica y las actas del congreso de Viena, que habian corrido la misma suerte.

—Un espía ruso llamado Pauloff, que por dos veces habia desertado de las filas turcas, huyendo últimamente á los principados del Danubio, en donde su extrema sagacidad le valió casarse con la hija de un boyardo, (nombre de los grandes en Oriente) el cual descubriendo el ignominioso oficio de su hijo político, le puso á disposicion de los tribunales turcos, los cuales le sentenciaron á ser pasado por las armas, lo que se verificó en Silistria.

—Escriben de Milan, que recientemente han tenido lugar en Lombardia numerosas prisiones, á consecuencia de los nuevos amagos mazzinistas, y como se teme que el foco principal debe existir en Suiza, se reconoce en la frontera muy escrupulosamente la correspondencia procedente de aquel país.

Industria. El *Comité* de la Exposicion universal de París invita á los espositores de dejar aun e-puestos sus respectivos objetos hasta el 30 de Noviembre, por cuanto se espera la visita de elevados personajes, quedando tambien á la vez todavia abierto el palacio para el público hasta aque la fecha, á pesar de haber ya tenido lugar el dia 15 la clausura oficial.

—Dícese generalmente que el jurado ha procedido en sus funciones con total independencia y cabal imparcialidad. Hé aquí la relacion de los premios adjudicados:

Á LA INDUSTRIA.

161 decoraciones de la Legion de Honor.	
112 grandes medallas de honor (grandes de oro).	
252 medallas de honor (pequeñas de oro).	
2,300 medallas de primera clase (de plata).	
3,900 id. de segunda (de bronce).	
4,000 menciones honoríficas.	

Á LAS BELLAS ARTES.

40 decoraciones.	
16 medalla de honor (pequeñas de oro).	
67 medallas de primera clase.	
87 id. de segunda.	
77 id. de tercera (espresamente acuñadas para las Bellas Artes).	
222 menciones honoríficas.	

De todos estos premios vinieron á corresponder:

á la industria de Francia	115.	Toscana	1.
» Inglaterra	20.	Baviera	1.
» Prusia	9.	Suiza	2.
» Austria	6.	Hesse	1.
» Bélgica	4.	Piamonte	1.
» Suecia	2.	Canadá	1.

á las Bellas Artes Francia 25, Inglaterra 2 y Alemania 2. La distribucion de premios tuvo lugar el dia 15. El emperador repartió de su propia mano tan solo las grandes medallas de honor entre los espositores, los demás en número de 12,000 han

sido entregados el siguiente dia por el comité imperial y los comisarios extranjeros.

Comercio. Grande y animado ha sido el tráfico en los últimos 14 dias en la Exposicion universal de París, y naciones hay, habian manifestado en aquella grande liza de industria y artetambien entre los artefactos austriacos y que el emperador Napoleón habia comprado ya muy al principio de la Exposicion en 2,000 francos fué robada, así ha sido limpiado tambien tolo en armario de relojes de bolsillo de Ginebra, por unos cacos.

—El dia 7 y 8 de Noviembre próximo pasado arribaron al puerto de Marsella mas de 50 buques cargados de grano. Hay aviso de que llegará aun mayor número de ellos, y si el viento continúa favorable no tardarán de arribar. Entre los buques mencionados hubo 15 embarcaciones griegas que arribaron su cargamento en Galaez y Ebraila.

—Como es sabido constituyése hace algun tiempo en Inglaterra una sociedad antagonista de la ley de cereales vigente efectivamente la supresion de dicha ley, y el permiso de la importacion de grano extranjero. Los resultados fueron muy buenos, puesto que el precio del pan se modificó bastante. Abrió al que mejor desenvolvese las consecuencias del sistema del tráfico libre, certámen que desempeñó mas favorablemente el tal M. Dunkey. Dispuso la sociedad, que reside en Manchester, á que se imprimiera incontinenti la memoria premiada, espendiendo despues hasta mil ejemplares á los diferentes estados de Europa.

Economía política. Háblase en la capital del vecino imperio de dos nuevos empréstitos inglés y sardo. Estas medidas no se realizarán empero inmediatamente, sobre todo la primera, que necesita la sancion del Parlamento prorogado hasta Febrero.

—Los derechos de aduanas en Suiza importaron en los primeros nueve meses del presente año 4.150,698 francos, es decir 146,782 mas que en la respectiva época de 1854. El ministerio del ramo calcula que incluyendo todavia la cuota respectiva al último trimestre producirá la renta de aduanas en 1855 un total de 5.600,000 francos.

—Despues que tanto se ha dicho y escrito respecto al defallamiento del crédito público en Rusia y apuros económicos ó rentísticos, no dejarán de leer nuestros lectores con interés los siguientes datos relativos que sacamos del *Norte de Bruselas*, y ya que presentamos guarismos, de origen oficial, no se recelará ya tanto respecto á su exactitud.

—El fondo de reserva depositado en la fortaleza de San Petersburgo, destinado únicamente á proveer de numerario á las cajas de cambio, no se ha distraído, ni por un momento en la mas insignificante cantidad del objeto á que está destinado. Este fondo ascendia á fines de Setiembre de 1854 á 146 595,000 rublos en dinero, y en primeros de Enero de 1855 á 151.781,600 rublos id.

—Vamos á ver ahora el movimiento de las cajas de los establecimientos de crédito durante los dos años de guerra.

	En 1854.	En 1855.
	Capitales recibidos de nuevos imponentes. Rublos de plata.	Capitales reembolsados Rublos de plata.
En el banco de empréstito y en el de comercio.	92.421,451	88.891,284
En la caja de ahorros	83.615,737	73.237,078
En los demas establecimientos de crédito.	24.157,078	18.144,170
Total.	209.194,246	200.200,532
Excedente de los reembolsos.	6,286	rublos de plata.
En el banco de empréstito hasta 13 de Octubre.	63.524,115	61.228,140
En las cajas de ahorros hasta el 13 de Setiembre.	62.513,394	61.373,042
En los demas bancos hasta el 13 de Julio.	9.646,796	9.062,681
Total.	135.684,305	131.663,863
Excedente de los capitales depositados sobre los reembolsos.	4.020,472	rublos de plata, ó mas de 3 por ciento.

Necrologías. Ha fallecido el ilustrísimo señor obispo de Como, monseñor Romano.

—El dia 24 de Noviembre ha dejado de existir en su residencia de Champlatreux el conde de Molé, á consecuencia de un ataque apoplético, que le acometió durante una comida que daba al conde de Montalembert y á Mr. Falloux. El señor obispo de Orleans habia dejado la heredad de Champlatreux en aquella misma mañana. Tenia el conde de Molé setenta y cinco años, y deja una vacante en la Academia francesa.

—Thomas Wilde, desde 1850 lord Fruro, nacido en Londres año de 1782, durante algun tiempo abogado con extraordinaria práctica, en 1846 juez supremo, 1850 lord canceller y á la vez elevado á la dignidad de Par, separado en Febrero de 1852 de su destino, ha muerto el dia 11 de Noviembre próximo pasado.

—Ha fallecido en Viena el 13 de Noviembre en edad de 87 años, Pedro Prokop, conde de Morzin, consejero áulico efectivo y primer ayo del archiduque Juan.

—Simon Raitsch, poeta y traductor de obras clásicas de los romanos é italianos, ha muerto en Moscou el 4 de Noviembre.

—En edad de 43 años ha fallecido el 11 de Noviembre en Copenhagen el doctor Soren Aabi Kierkegaard, escritor religioso danés de extraordinario mérito.

—Ha muerto repentinamente el 9 de Noviembre, Augusto Reiche, ministro de culto del reino de Hannover, que fué bajo la presidencia del Scheele.

INTRIGAS DE ALDEA.

I.

La humana preocupación ha localizado siempre los golpes estratégicos, á que damos el nombre de intrigas, en las grandes poblaciones, como si en las aldeas no hubiera intrigantes capaces de dar quince y falta á los mas hábiles diplomáticos. La verdad es que así en los pueblos pequeños como en las ciudades hay hombres que tienen pasiones, intereses opuestos, en una palabra, todos esos materiales propicios á la guerra civil que la sociedad humana empezó en tiempo de Cain y que promete durar tanto como el mundo. En todas partes hay tambien inconvenientes para zanjarse legalmente las dificultades, porque ó las leyes son imperfectas ó la parcialidad impide sus buenos efectos en la aplicacion, y hé aquí porque en todas partes los hombres apelan á esos vedados recursos á que damos el nombre de intrigas.

De estas premisas se deducen algunas consecuencias que presentan cierta analogía en todas las sociedades mas ó menos cultas, á saber: que las intrigas consiguen á veces el resultado á que sus autores aspiran, ó que redundan en perjuicio de los intrigantes, cosa muy comun y muy bien explicada en la locucion popular que dice en tales casos: á este pobre cazador le salió el tiro por la culata.

Ahora que he dicho lo que he dicho, me parece oportuno pasar á la aplicacion y á la prueba, porque creo yo que todo hombre que escribe debe decir algo, y esta es una verdad como un puño; en segundo lugar debe proponerse algun fin, sin lo cual por mucho que diga se puede sostener que no ha dicho nada, y por último debe demostrar lo que dice, no sea que le tachen de embustero y se ria el diablo de la mentira.

Es el caso, amados lectores, que allá en las cercanías de la corte de España existe un pueblo llamado Arganda, célebre por el vino que en todos tiempos ha producido en abundancia, y mas célebre aun por un puente colgante construido hace pocos años sobre el Jarama y al cual se ha dado mas ó menos oportunamente el título honorífico de *el puente de Arganda*. En fin, yo creo haber contribuido algo á la celebridad de este pueblo, que en mi concepto no puede compararse con París y Londres, por aquella estrofa de una de mis composiciones en que hice decir lo siguiente al Judío Errante:

— ¡ Señor! — ¡ Anda! — Que quizás
Me va á dar un patatús
— ¡ Anda! — Ya no puedo mas,
Y aunque se empeñe Jesús
No quiero pasar de Arganda.
¡ Anda! ¡ anda!
De París á Peñaranda,

Y en efecto vean Vds. si merece gozar de alguna celebridad un pueblo donde se detuvo ó quiso detenerse el Judío Errante, que segun la tradicion no se ha detenido en ninguna parte.

En este pueblo habia hace treinta y cinco ó cuarenta años sobre lustro mas ó menos, dos intrigantes de primera tija, uno de los cuales se llamaba Alfonso, abreviado de Ildefonso, y el otro Perico, diminutivo de Pedro, de modo que hasta por sus nombres habian venido estos dos prójimos al mundo destinados á cierta mancomunidad, pues no parece sino que ya se habia dicho por este par de apuntes aquello de:

El uno es Alfonso Tellez
Y el otro Pedro Cadenas.

Compañeros en todas las travesuras de la infancia, habian sido despues compinches en todas las intrigas con que el génio del mal atormentó durante muchos años á los pacíficos habitantes de Arganda, y para que en todo se vea marcada la huella del destino, el día que Alfonso tuvo la suerte de ser nombrado alcalde, alcanzó Pedro la fortuna de ser nombrado regidor, y el pueblo la desdicha de tener uno de los ayuntamientos mas favorables al desorden y á la injusticia.

Para que nada faltase á la alianza perpétua del indicado alcalde y el susodicho regidor, el cielo habia dado á Periquito una hija bella y graciosa llamada Clotilde, y á Alfonso un hijo bastante necio, llamado providencialmente Simplicio: uno y otro vendrian á tener la edad de diez y ocho á veinte años en la época en que sus padres habiendo llegado á la cumbre del poder municipal resolvieron casarlos, queriendo con esta boda consolidar las relaciones que les habia unido durante tanto tiempo. Pero sucedió entonces lo que suele suceder siempre que los padres se empeñan en casar á sus hijos: estos tienen generalmente diferentes gustos que los padres, y aunque en la ocasion á que me refiero el jóven Simplicio tenia particular inclinacion hacia la bella Clotilde, esta lo correspondia con la mas desdenosa indiferencia. La hija del regidor amaba secretamente á un antiguo criado de su padre conocido por el nombre propio de Andrés, y mas comunmente por el mote de *Matalas-callando*, título digno de un hombre que tenia bastante sagacidad para conocer lo que debia hacer sin necesidad de divulgarlo, y que obraba generalmente sin decir esta boca es mia.

Amaba el buen Andrés á la Clotilde de quien era correspondido, siendo lo mas extraño de todo esto que ni el criado ni la señorita se habian dicho una palabra del cariño que mutuamente se profesaban, y sin un incidente de esos que ponen á las personas mas reservadas en el disparador, probablemente nuestros enamorados hubieran permanecido mucho tiempo amándose en silencio, ó cuando mas correspondiéndose con el expresivo lenguaje de los ojos. Por fortuna llegó el fatal momento en que el alcalde Alfonso, pidió formalmente la mano de Clotilde para su hijo Simplicio, y el regidor Perico se la otorgó delante de testigos, contando con el consentimiento de su hija, en lo cual se equivocó, pues la muchacha dió rienda suelta á las lágrimas, demostrando claramente que no era Simplicio el santo de su devocion. Esto hizo creer al regidor que su hija estaba como solemos decir, encaprichada de otro, y no tardó en adivinar por las miradas, que éste otro era su criado Andrés. Resuelto á despejar cuanto antes la incógnita, llamó á parte á su hija y á su criado con quienes celebró una conferencia que resumiremos en el diálogo siguiente:

— Escucha, hija mia, dijo hablando primero con Clotilde; tú sabes que siempre he sido para tí lo que se llama un buen padre.

— No tengo ninguna queja de Vd., contestó la muchacha.

— Pues entonces, ¿por qué correspondes tan mal á mis bondades? ¿por qué me has desairado delante de la gente cuando precisamente te iba á proponer un enlace que pudiera labrar tu felicidad y la mia?

— Padre mio, respondió la muchacha, yo solo he contestado con las lágrimas á una proposicion que hecha por otro me hubiera arrancado una negativa desdenosa. Quisiera complacer á Vd. y no me es posible hacerlo, porque... todo lo que mi corazon puede alegar en contrario se explica diciendo ingenuamente que yo no amo á Simplicio.

— Ya lo supongo, dijo el padre, y no se me oculta la causa de tu aversion á Simplicio.

Lanzó el regidor una mirada de despecho á su criado como sintiendo el impulso de castigar en el acto su atrevimiento, y despues contentiendo su indignacion, le dirigió la palabra en estos términos:

— Dime, Andrés, ¿cuántos años hace que comes el pan de mi casa?

— Casi desde que nací, dijo Andrés.

— ¿Has tenido alguna queja de mí en tantos años?

— Ninguna.

— ¿Debia yo esperar que pagaras mis favores con la mas negra ingratitud?

— En primer lugar, repuso Andrés, Vd. me ha pagado bien lo bien que yo le he servido, y no veo que pueda Vd. echarme en cara ningun favor.

— Aunque así sea, replicó el regidor sujetando los impulsos de su ira, basta que yo no me haya portado mal contigo para que tú no te portes mal conmigo.

— Pues en ese caso no creo haber faltado á mis deberes, porque nunca me he portado mal con Vd.

— ¿No te has portado mal conmigo y has trastornado la cabeza de mi hija, dirigiéndola palabras amorosas, sin tener en cuenta la distancia que te separa de ella y sin respeto al hombre, cuyo pan has comido tanto tiempo?

— Señor Pedro, dijo Andrés, su hija de Vd. sabe bien que que nunca la he dicho semejantes palabras.

— Padre mio, exclamó Clotilde, le juro á Vd. por lo mas sagrado, que nunca Andrés ha cometido la falta de que Vd. le acusa.

— Vuestra negativa me irrita mas que vuestra culpa, dijo el severo regidor, si al menos tuviérais la virtud de decir la verdad, podriais obtener mi perdón, aunque jamás consentiría en unas relaciones que ultrajan á mi dignidad.

Poco faltó para que Andrés sentase su férrea mano en la mejilla del regidor. Por fortuna pudo contenerse, menos por el respeto que debia al padre que por consideracion hacia la hija, y haciendo un violento esfuerzo para mostrar la tranquilidad de alma que no tenia en aquel momento, dijo:

— Señor Pedro, yo puedo escuchar con paciencia las quejas, aunque infundadas, con que Vd. me atormenta sin saber por qué; pero no estoy muy dispuesto á tolerar el insulto, y Vd. me insulta suponiéndome capaz de faltar á la verdad.

— Puesto que te precias de no faltar á la verdad, replicó el regidor, ¿negarás que amas á mi hija?

— No señor, dijo Andrés, confieso francamente que amo á su hija de Vd., aunque nunca se lo he manifestado de palabra, y le juro á Vd. que podré renunciar á su mano si ella no me corresponde; pero no dejaré de amarla mientras viva.

Trató de hablar el regidor, pero no pudo hacerlo en mucho tiempo. Cogió luego á su hija por un brazo, y así, en un ademán que espresaba tanto la amenaza como la súplica, exclamó:

— Ea, hija mia; ha llegado el instante de castigar á un insolente que ha creído aspirar á tu amor impunemente: dile que estás ofendida de tal ultraje, que le odias, que le desprecias...

No pudo acabar el regidor. Clotilde cayó súbitamente de rodillas delante de él, exclamando tambien:

— Perdon, padre mio; yo no puedo decir lo que Vd. me manda, porque yo tambien amo con todo mi corazon á Andrés, aunque nunca se lo he dicho.

Quedó el regidor inmóvil al oír estas palabras; despidió despues á Andrés de su presencia y de su casa, y mientras daba cuenta al alcalde de lo que sucedia, resolvió esconder á su hija en casa de uno de sus parientes.

II.

Dije en el capítulo anterior de este cuento, que Arganda no puede compararse con las famosas capitales de París y Londres, y no carecia de objeto la observacion. Efectivamente, si el regidor de Arganda, para cortar las relaciones de Andrés con su hija, hubiera vivido en estas grandes ciudades, podia haber ocultado á Clotilde de modo que su temerario amante no volviera á saber de ella; pero ¿qué podia hacer en un pueblo de cuatrocientos vecinos? Sin mas que recurrir á las proporciones de las cantidades consideradas en sus dimensiones, se deduce aproximativamente que un cuerpo humano es á un pueblo como el de Arganda lo que el cuartel de los Inválidos á la ciudad de París, y por consecuencia puede sostenerse que esconder á Clotilde en Arganda sería tan difícil como ocultar en París el voluminoso cuartel de Inválidos, cuya cúpula se divisa en el horizonte á muchas leguas de distancia.

Sin embargo, gracias al sigilo observado por el regidor Perico, y tambien al cuidado con que sus parientes se prestaron á complacerle, nuestro buen Andrés llegó á pensar que su amada prenda no estaba en Arganda, cuyas calles recorria durante la noche cantando aquellas rondeñas propias del país, que hubieran hecho á Clotilde abandonar el sueño, saltar de un brinco á la ventana, y cortar con el encanto de sus amorosas pláticas las tristes endechas del rústico trovador. Esto le hizo pensar que el regidor habia llevado á su hija á alguno de los pueblos inmediatos. Pero Andrés recorrió con su guitarra todos estos pueblos, desde Vacía-Madrid á Chinchón, y desde Ajalvir á Perales de Tajuña, obteniendo siempre el silencio por contestacion á sus senidas trovas, y llegando ya á pensar que Clotilde habia sido trasplantada, por decirlo así, á Alcalá de Henares ó á la Corte, de modo que si no renunció á sus investigaciones, al menos desmayó tanto, que las abandonó por algun tiempo.

— Yo sé, decia para sí el buen Andrés, que las mujeres en el caso de Clotilde despliegan un talento maravilloso para romper el secreto de su prision. ¿Cómo Clotilde no habrá hecho en

esta ocasion lo que hacen todas? ¡Pobre muchacha! Estará vigilada continuamente....

Despues cruzó como un relámpago por su mente, la siniestra idea de que su amada le hubiese olvidado: pero pronto trató de desvanecer él mismo esta idea desgarradora. Y mientras el buen Andrés se entregaba á tan dolorosas meditaciones, la fiel Clotilde daba en efecto muestras del talento que las mujeres despliegan en tan apuradas situaciones.

Ahora conviene decir que Clotilde no habia salido de Arganda; que vivia con una tia suya, la dueña mas impertinente y esperta que la disciplina paternal haya elegido nunca para sujetar los impulsos amorosos de una doncella, y á mismo tiempo la mujer mas diplomática para llegar por tortuosas veredas al fin apetecido. Habia esta mujer comprendido que una pasion exige un procedimiento homeopático, esto es, que solo podia curarse con otra pasion, no perdiendo de vista que la segunda debia ser semejante á la primera por aquello del *similia similibus*, que sirve de base al sistema de Hahneman, y no emplear el *contraria contrariis*, mandado ya recoger por inútil, y en virtud de cuyo principio hubiera sido necesario sustituir la pasion del odio á la del amor, cosa bastante rara en la historia de las pasiones. Una vez adoptado el plan curativo, procedió á su aplicacion, sin dar parte de lo que pensaba hacer á nadie, y contando solamente con el auxilio del que debia servir de médico, ó por mejor decir de remedio. Llamó, pues, á Simplicio, y le suplicó que sin decir una palabra á nadie de lo que iban á hacer de comun acuerdo, fuese todas las noches á su casa de tertulia, cosa que el hijo del alcalde aceptó de buena voluntad, sabiendo que la reunion estaria reducida á Clotilde, la tia de Clotilde y él, que aspiraba á ser marido de Clotilde.

No es difícil adivinar el objeto de la dueña. Una muchacha encerrada dia y noche entre cuatro paredes que apenas dejan suficiente espacio para dar un paseo de cuatro varas de longitud, debe anhelar vivamente la compañía, no digo yo de una persona, sino de un oso, y como ya dice el adagio que el trato enjendra el cariño, concluyó de aquí que Clotilde, empezando por agradecer la compañía de Simplicio, acabaria por amarle con aquel amor que Pouponneta profesa á Brócoli en las *Siete maravillas del mundo*:

*Le maitot est épris de la brise,
J't'aim' plus que ca.
Les p'tits lapins aiment l'herbe qui frise.
J't'aim' plus que ca, etc.*

versos que me permitiré traducir con mi acostumbrada libertad, del modo siguiente:

Ama la brisa la naval caterva,
Mas que eso te amo yo;
Pírranse los conejos por la yerba,
Mas que eso te amo yo, etc.

En el caso probable de que Clotilde aceptase el bárbara amor de Simplicio, el golpe de la tia debia resonar en todo el pueblo de Arganda y sotos vecinos, porque desmentir el refran vulgar de que guardar á una mujer no puede ser, y devolverla á su padre no solo convertida, sino deseosa de aceptar las proposiciones que antes la repugnaban, hubiera probado mas labia que la que ha tenido el príncipe Mentschikoff para arreglar las cuestiones religiosas entre la Rusia y la Turquía.

Entró, pues, el bueno de Simplicio en casa de la señora Mónica, que este era el nombre de la tia, y tuvo el placer de pasar la primera noche al lado de Clotilde, con la pesadumbre de ver que esta no se pondiese á ninguna de sus palabras, ni siquiera con un monosílabo, cosa que pudo desalentar á un jóven inesperto, pero no á la señora Mónica, cuya experiencia y talento hubieran hecho prodigios en mayor escala. En efecto, por aquello de que poquito á poco hila la vieja el copo, el pobre Simplicio pudo observar bien pronto que en cada visita ganaba un palmo de terreno, pues la jóven que no se dignó escucharle la primera noche, le habló la segunda, aunque solo para decir nó. le saludó á su entrada en la tercera, conversó largamente con él la cuarta, y aprovechando un descuido de la señora Mónica, le dió la quinta noche una cita. ¿Seria sincera esta cita de la jóven cuyo amor al desventurado Andrés parecia tan arraigado? Luego lo veremos. Entretanto debemos sospechar que en un pueblo donde nacen intrigantes como el alcalde, el regidor y la señora Mónica, una muchacha como Clotilde, criada al lado de tan hábiles preceptores, no debia ser enteramente extraña á los golpes estratégicos.

Despidióse Simplicio de su futura esposa y de su futura tia, contento de ver los progresos que iba haciendo, y á eso de la una de la noche acudió á la ventana que Clotilde le habia designado. Si Simplicio se hubiera llamado Pepe, nunca se habria podido entonar con mas oportunidad que entonces esta seguidilla:

Los amores de Pepe
Van en aumento,
Bendito sea Pepe
Y su nacimiento.

Pero Simplicio no se llamaba Pepe por la sencilla razon de que se llamaba Simplicio, y no le cuadraba la seguidilla por la simple razon de que no se llamaba Pepe. Hagan Vds. cuenta de que no han leído la tal seguidilla, y presten atencion si gustan al primer diálogo de la primera cita.

— Buenas noches, amada prenda, dijo el inspirado galán, que seguramente necesitaba estar muy inspirado cuando decia siquiera una vulgaridad.

— Buenas noches, Simplicio, contestó secamente la doncella.

— Bien podias haberme llamado amado Simplicio, continuó el individuo que llevaba este nombre.

— Eso consiste en que yo no quiero faltar á la verdad.

— Segun eso no me amas.

— Ni hubieras debido sospecharlo.

— Pues entonces, ¿por qué me das una cita?

— Porque quiero hablarte de cosas que debe ignorar la señora Mónica. En primer lugar quiero pedirte un favor.

— Estoy pronto á servirte aunque me mandes rodar como una bola.

— Pues bien, dijo Clotilde, hazme el obsequio de decir á Andrés que estoy en esta casa, y que puede hablarme todas las noches á esta misma hora, en este mismo sitio.

Quedóse Simplicio como quien ve visiones al oír tan estra-

na proposicion. Permaneci6 un momento pensativo estudiando la respuesta, y habl6 despues de haber me litado bien del modo siguiente:

- Es imposible que yo haga lo que me mandas.
- ¿Por qué? preguntó Clotilde.
- Porque aunque me tienes por tonto, debes saber que ningun tonto tira piedras á su tejado.
- Sin embargo, continuó Clotilde, ¿es verdad que me amas?
- Desafortadamente.
- En ese caso debes hacer todo lo que yo te mande.
- Segun y conforme.
- Debes complacerme en todo.
- Con tal de no complacer á mi rival tambien.

—Entretanto, continuó Simplicio, ¿me permitirás hablar-te mañana á esta misma hora en este mismo sitio?

- Con mucho gusto, dijo Clotilde.
 - Pues, adios y hasta mañana.
 - Hasta mañana.
- Bien hubiera el alcalde abusado de su autoridad al ver lo que pasaba, pero le contuvo la idea de ser parte harto interesada en el asunto, y se fué á acostar pensando en la intriga con que al dia siguiente debia desbaratar los planes de Andrés y de Clotilde, sin saber que el sujeto á quien confundia con Andrés era su hijo. Levantóse muy temprano, llamó á dos de sus criados y les dirigió la palabra en estos términos:
- Ea, muchachos, es menester que esta noche me hagais un favor.

Andrés se encontrase á tales horas en aquellas cercanias, y este bizarro jóven acudió al sitio de la refriega, logrando poner en precipitada fuga á los agresores é impidiendo que acabasen de matar al pobre Simplicio. En premio de su hazaña tuvo el gusto de averiguar el paradero de Clotilde; para que se vea que en este mundo rara vez las buenas obras quedan sin recompensa.

No contento con esto ayudó á Simplicio á llegar á su casa donde el alcalde recibió la desagradable sorpresa consiguiente á su fatal intriga, y no paró aquí su desgracia, sino que segun gusto de su amada, cuya voluntad conocia, imploró el auxilio del mismo alcalde para depositar á Clotilde en otra casa decidido á casarse con ella. El intrigante señor Alfonso, despues



El tiro federal de S. loturn en Suiza: La distribucion de premios, dia 13 de Julio.

—Como quiera que sea, tu obediencia ciega es la única cosa que puede darte algun lugar en mi estimacion.

—Yo bien quisiera, si eso pudiera ser, pero... es imposible.

—Basta.

Y la jóven dió á su galan con la ventana en los hocicos. Simplicio qued6 at6nito un instante y dió luego un golpecito á la ventana donde volvió á presentarse Clotilde.

—Y bien... dijo esta.

—Lo pensaré, contestó Simplicio.

En este momento pasaba por aquella calle el alcalde, el padre de Simplicio, quien al ver un hombre parado á la ventana donde vivia Clotilde, creyó que aquel hombre seria Andrés. Procuró hacer el menor ruido posible, aplicó el oido como deseando saber algo, y oyó estas últimas palabras del diálogo.

—Lo que Vd. mande, señor alcalde.

—A la una de la noche habeis de dirigiros á la calle de..... armados de sendos garrotes. Allí vereis un hombre parado á la ventana de la casa de..... os acercareis sin que os sientan las moscas y sacudireis á este hombre una paliza de las buenas que se acostumbran en Arganda.

—Pierda Vd. cuidado, señor alcalde.

Llegó, en efecto, la consabida hora; presentáronse los criados del alcalde con sus garrotes en el sitio indicado; acercóse Simplicio sin saber lo que le esperaba á la ventana de Clotilde, y antes de recibir las buenas noches de su prenda, empezó á recibir tal carga de leña en las espaldas, que gritó como un desesperado.

—¡Compasion! ¡socorro! ¡que me matan!!!

Y no fueron inútiles sus clamores. La casualidad quiso que

de proporcionar tan atroz paliza á su hijo, tuvo que acceder á los deseos de Andrés que dió en esta ocasion un golpe maestro.

—¿Dón-le quiere Vds. que depositemos á esta señorita? dijo el alcalde sacando á Clotilde del poder de la señora Mónica.

—En casa de su padre, contestó Andrés, con gran sorpresa y admiracion de toda la gente de Arganda.

Sin embargo, el pobre Andrés debia gozar poco tiempo de su triunfo. El mismo dia en que puso á su futura bajo el amparo de la ley y la salvaguardia de sus padres, se recibió en Arganda la noticia de haberse decretado una quinta de veinticinco mil hombres, de los cuales tocaba un soldado al pueblo de Arganda donde no habia mas mozos útiles que el mismo Andrés y el indicado Simplicio.

(Continuará.)
J. M. VILLEGAS.

DAD
i
bios
á la
que
telia
mad
sucia
acon
nos
do N
rons
nific
pero
por
rian
tien
tuvie
aun
negr
Paris
de s
sucia
al fi
estab
pobl
mid-
y da
guas
mun
años
las o
mion
con
el pu
to q
gran
pasaj
el e
tejad
podie
Gran
conju
go,
dos
antiq
Fran
man
admi
Louvi
en e
ciudad
cion
notab
para
rios.
otros
vanta
ficios
desig
bras
todas
en o
las c
cons
sa d
parti
Ellas
glorio
que
dos
los v
capit
men
rar h
va e
tamb
lamie
res
calle
sio.
sado
ango
dedo
yal,
bal
un o
dera
el p
qued
da la
con l
cada
Louv
plaza
conc
de la
en d
la m
una
su n
A
un p
Cree
que

FESTEJO

**DADO POR LOS ESPOSITORES DE LA INDUSTRIA UNIVERSAL
AL PRINCIPE NAPOLEON,
en el Hotel del Louvre en Paris.**

El imperio es la paz! Estas palabras vertidas por los labios de Napoleon III, han llegado á ser una verdad si se tienen á la vista los progresos que Paris va haciendo con cada año que pasa. En tiempo de los romanos denominábase Paris Lutetia, la ciudad de la inmundicia; bajo el reinado de Luis, llamado el Grande, no pudo una dama elegante transitar por las sucias calles sin estar acompañada de algunos lacayos; reinando Napoleon I, erijéronse grandes y magníficos monumentos, pero las damas, que por la mañana querían ir á recorrer las tiendas y almacenes, tuvieron que ponerse aun siempre media negra, ó azul, pues, Paris no por esto dejó de ser una ciudad sucia. Luis Felipe fué al fin quien mandó establecer en toda la población aceras y sumideros para recoger y dar salida á las aguas llovedizas é inundadas. Hace tres años se comenzaron las obras para la union de las Tullerías con el Louvre, en el próximo inmediato quedó formada la grande plaza, y el año pasado se concluyó el edificio hasta el tejado, y ahora ya ha podido la reina de la Gran Bretaña ver el conjunto. Sin embargo, la union de los dos palacios de los antiguos reyes de Francia, obra hermana de la siempre admirada galería del Louvre es lo menos: en el interior de la ciudad llaman la atención palacios aun mas notables, destinados para cuatro ministerios. Pero tambien otros reyes han levantado grandes edificios, los cuales son designados como obras de paz; empero todas ellas nada son en comparacion con las casas de reciente construccion, empresa debida á algunos particulares de Paris. Ellas no envuelven gloria dinástica, sino que han sido edificadas en beneficio de los vecinos de aquella capital. Aquí no solamente hay que admirar las obras de nueva construccion, sino tambien el desmantelamiento de centenares de casas en las calles de mayor tránsito. Aun el año pasado presentaron las angostas calles al rededor del Palais Royal, así como el arrabal de San Antonio un cuadro de verdadera devastacion: en el presente año ha quedado ya terminada la calle de Rivoli, con las magnificas arcadas desde la plaza de la Concordia hasta el extremo del Louvre, y desde allí hasta la Casa Consistorial, con grandes plazas delante del Chatelet y cerca del cuartel de Napoleon, y concluida asimismo la calle de Saint Antoine hasta la plaza de la antigua Bastilla. Tambien en la parte de Saint Martin en direccion del camino de hierro de Strasburg se trabaja con la mayor actividad para abrir una calle, en linea recta, y con una anchura que permite plantar dos filas de árboles; de aquí, su nombre de Boulevard de Strasburg.

Al ver tamñan obras gigantescas ¿qué mucho que en un principio conceptúe cualquiera que no han podido ser emprendidas sino cometiendo las violencias mas tremendas? Créese deber oír dó quiera maldiciones contra tal tiranía viendo que el propietario tiene que derrumbar su casa, heredada de

sus antepasados, que el arrendatario se ve precisado abandonar su bien acomodado hogar; pero nada de esto se oye, pues la ley de espropiacion indemniza á todos cumplidamente. Si se quisiera aducir una grande injusticia de la circunstanca, que la nacion entera tiene que contribuir á estas obras de mera ostentacion en la capital del imperio con tan onerosas sumas, pues solo el boulevard de Strasburg cuesta 60 millones, tambien se equivocará cualquiera, pues no ha promovido esto ni el mas remoto descontento, ya que la ciudad de Paris paga dos terceras partes, y la otra los departamentos. En cualquier otro país se diria: ¿y por qué han de dar las provincias sus millones para embellecer á la capital? Mas como el francés en general contempla á Paris como pueblo propio suyo, se complace en su bienestar bajo todos los conceptos, y cualquier cosa que

pié cuadrado á veces hasta 200 francos, de manera que mas á costado en alguno que otro punto el solar que no el suntuoso palacio que lo cubre ahora. A esta misma sociedad la debe Paris la primera y mas vasta fonda de Europa, á saber el *Hotel du Louvre*, construido sobre un terreno en que un año há, se veían aun asquerosas callejuelas, y centenares de casillas de mal talante. Este hotel, que el señor Dremel, dueño de la fonda de la Victoria, en Dresde, inauguró el 15 de Octubre con el espléndido festin con que los esponentes de la industria universal obsequiaron al príncipe Napoleon, tiene nada menos que 800 cuartos. Está situado en la calle de Rivoli, frente á frente de la nueva galería del Louvre, junto á la plaza del Palais Royal y pertenece á la mencionada empresa, la cual le ha edificado con un dispendio de 15 millones de francos. La parte

baja de este colosal edificio se reduce á grandes y hermosísimas tiendas para el comercio, y producen una renta anual de 158,000 francos. Desde hace un año han trabajado diariamente en las diferentes obras de este palacio por lo regular hasta 1,500 hombres, y aun en el día puede el edificio ser comparado como una colmena, talmente bullen las escaleras, galerías, corredores y patios etc. de gente que va y viene. Sobre los enuciados almacenes, todos abovedados, hay cuatro pisos destinados para la fonda con cuartos de una cama, de dos hasta 20 francos diarios por ambas cosas. El cuarto piso termina en la numeracion respectiva de los cuartos con la cifra de 597, pero hay encima aun dos pisos de sobabanco con cerca de 200 cuartos muy bien dispuestos, pues hasta chimenea de marmol tiene cada uno de ellos. El gran patio, el cual convertido en magnifico salon sirvió de buffet, cuando los espositores de la industria dieron el indicado festin, tiene una techumbre de cristal, la escalera es mayor que la del palacio de los *ducs* de Venecia, y el comedor, que representa nuestra lámina en el momento en que en obsequio del príncipe Napoleon canta el célebre Roger, no cede en magnificencia y estension á ninguno de los salones de Versalles.

VISITA

DEL PRINCIPE FEDERICO GUILLERMO DE PRUSIA EN EL CASTILLO DE MARIENBURG.

Nuestros constantes lectores no dejarán de acordarse de cuanto hemos manifestado acerca de este interesante castillo, bajo su punto de vista histórico y artístico. Hoy nos toca consignar algunos pormenores relativos á la visita que hizo no há mucho en Marienburg el príncipe Federico Guillermo de Prusia.

Fueron dos dias de verdadero placer y satisfacion para los habitantes de Marienburg, los que el jóven sucesor al trono de Prusia pasó en aquella ciudad y su castillo. El trato bondadoso y sumamente afable del príncipe cautivó irresistiblemente los corazones de todos. El blanco principal de esta visita fué el castillo, y para ver y examinar todo con el detenimiento necesario, reconoció el primer dia solamente los magníficos aposentos de la habitacion que ocupó el Gran Maestro, cuya extrema belleza y originalidad le dejaron atónico, produciendo á la vez el carácter de la antigüedad una sensacion especial en el jóven príncipe.

Un placer inesplicable tuvo al presentarse un antiguo manto de la órden teutónica. Dirijióse S. A. R., en seguida á la iglesia y al panteon de Santa Ana que existe debajo de



Visita del príncipe Federico Guillermo de Prusia al castillo de Martenburg: Galería baja.

ven de Paris lo mira como propiedad suya, y con íntima satisfacion y donde esta existe; todo sacrificio deja de ser gravoso.

Estraordinaria es, empero, la utilidad que se alcanza con este embellecimiento de Paris, y aun el tal embellecimiento mismo es objeto bien accesorio, comparado con las incalculables ventajas que reporta á la salubridad de aquella capital, pues un sin número de calles estrechas desaparecen, y con ellas la inmundicia, y el aire mal sano que se respiraba antes en toda aquella parte de Paris. Luego se ocupan millares de trabajadores, y de artesanos, encontrando en fin esplendor un dilatado campo de ganancia. Un ejemplo de esto mismo le ofrece la empresa de la calle de Rivoli, la cual compró del ayuntamiento una parte del terreno allí espropiado, pagando por el

la misma, en el cual han sido depositados los restos mortales de los Grandes Maestros.

El príncipe admitió gustosos la invitación del corregidor de la ciudad para visitar la casa consistorial, no quedando el augusto huésped poco complacido al ver cómo los habitantes de la población, que por vez primera le vieron entre sus muros, habían á porfía engalanado las calles del tránsito. Recibióle en la casa enunciativa la diputación y los magistrados de la ciudad y el príncipe se hizo enseñar cuanto había en aquel notable edificio, procedente del tiempo de aquella célebre Orden de las Damas Notables, llamando sobre todo su atención la arquitectura especial, cuyo mérito artístico descuella en donde quiera. Examinó asimismo con sumo interés el antiguo documento sacado del archivo de la ciudad, expedido en 1276 por el Gran Maestro y señor de aquel país, Conrad de Thierberg, en que éste concede á la ciudad ciertos privilegios. A su vuelta al castillo, le acompañó una multitud de gente todos con blandones, hallando á aquel preciosamente y como por ensalmo iluminado con fuegos de Bengala, lo que le dió un aspecto muy imponente y encantador. El siguiente día fué el príncipe á inspeccionar las obras hidráulicas que se están llevando á cabo á orillas del Vístula, pero á las once de la mañana hallábase ya de vuelta en el castillo para visitarle de nuevo. Esta vez fueron reconocidos los subterráneos, galerías bajas y cuantas habitaciones existen en derredor de estas. Detúvose el príncipe particularmente en la sala de Consejo, la cámara en que daba audiencia el Gran Maestro, hallando á todas estas localidades, bañadas del sol de mañana, tan extraordinariamente hermosas, que repetidas veces manifestó el deseo de vivir en ellas, declarando por último que la magnificencia, originalidad y belleza característica del castillo habían sido superiores con mucho, á la idea que se formó con la descripción que había leído de tan interesante castillo.

ANALES

DE LA

GUERRA DE ORIENTE.

EL GENERAL JOSÉ MARÍA BOSQUET.

Al presentar hoy en las páginas de nuestro periódico, la copia de una fotografía de Fenton, que representa al general Bosquet con su ayudante, el capitán Dampierre, uno de los oficiales más distinguidos de su E. M., pondremos á la vez de manifiesto, en ligeras pinceladas, algunos pormenores relativos al héroe del 8 de Setiembre, que sirvieron de complemento al cuadro biográfico que de tan benemérito militar habíamos trazado en nuestros números 305 y 344.

Bosquet es de baja estatura, pero de formas robustas, hombre lleno de vigor y de suma franqueza, su lenguaje es atractivo, rico de imágenes y á la vez enérgico, distinguiéndole así mismo una fortaleza de alma muy sublime, y habla con la mayor perfección la lengua árabe.

El ejército francés, le profesa un afecto que raya en frenesí, y él es quien entre los jefes superiores que mandan las tropas francesas en Oriente, ha prestado los servicios más distinguidos desde el desembarco en la península Táurica, hasta el asalto de Malakoff.

En la mañana del 8 de Setiembre, día destinado para el ataque de este formidable baluarte, dijo en una orden que pasó á las tropas de su inmediato mando: «¡Soldados del segundo cuerpo de ejército y de la reserva! El día 7 de Junio habeis tenido el alto honor de luchar con el enemigo en vanguardia y de inferirle golpes en medio de su corazón. El 16 de Agosto le humillásteis hondamente en los campos del Tscherna-Ryetschka. Hoy dareis con este robusto brazo, tan conocido por el enemigo, el golpe de su muerte, apoderándoos de la línea defensiva del Malakoff. ¡Animo, hijos míos! ¡Nuestro ha de ser Malakoff! ¡Nuestro Sebastopol!» Esta confianza en la victoria que abrigaba el bizarro Bosquet no la dejaron defraudada sus tropas. Sabido es con qué formidable é irresistible ímpetu llevaron á cabo sus soldados el gigantesco cometido. Desgraciadamente no le fué dado á su ilustre caudillo celebrar con ellos el primer éxito del triunfo, pues habiendo sido herido en el hombro por un casco de bomba, tuvo que retirarse del combate. Sin embargo, á sus disposiciones, á su arrojo y decisión, débese el brillante éxito de aquella memorabilísima jornada. En el primer asalto dado contra la torre de Malakoff, día 18 de Junio, no se encontró Bosquet por haberle enviado Pelissier, dos días antes al Tscherna-Ryetschka, y á esta circunstancia, atribuyeron los soldados franceses el malogro del ataque.

La ciudad de Pau, pueblo de naturaleza del general Bosquet, y en la cual vive la madre de éste, ha manifestado de una manera muy solemne la satisfacción íntima que la cupiera en albergar dentro de su recinto á la madre de un héroe; mas esta dulce satisfacción subió de punto cuando llegó el mismo Bosquet á Pau. Recibiósele con los más distinguidos honores, y al atravesar las calles en dirección á la casa que se le había destinado para su alojamiento, fué saludado con los más entusiastas vivas, y estos vítores fueron extraordinariamente estrepitosos cuando Bosquet se presentó con su madre en el balcón de la casa á la muchedumbre que se había apiñado en el jardín. En el colmo de la satisfacción que experimentara el general, abrazó tiernamente á su madre, como para transmitirle el distinguido homenaje de que era objeto. Por la tarde hubo serenata é iluminación. La ciudad tiene además el proyecto de regalarle una espada de honor.

EVACUACION DE LA PARTE SUD DE SEBASTOPOL

POR LOS RUSOS.

El despacho oficial ruso relativo á la evacuación de la parte Sud de Sebastopol, insostenible ya después de la toma de Malakoff por las armas francesas, vino á completar cuanto acerca de tan importante suceso se había sabido anteriormente, y como á la vez rectifica más de un hecho: trasladaremos dicho despacho en extracto á nuestras columnas.

«A las cuatro de la tarde del día 8 de Setiembre dió el príncipe de Gortschakoff la orden de comenzar al anochecer la evacuación de la parte Sud, trasladándose las tropas al lado Norte, ya por el puente ya con embarcaciones. La evacuación misma se verificó en los términos siguientes: Parte de los sirvientes de artillería y cierto número de soldados de infantería que se prestaron al efecto voluntariamente, permanecieron en las líneas de defensa y sostuvieron un fuego muy débil de fusilería y artillería. Las barricadas establecidas con anterioridad en el interior de la población, fueron ocupadas por los regimientos Tobolsk, Volhinia y Minsk por un lado, y por el otro, por los regimientos Azoff y Odessa. Bajo la protección de todos estos puestos, principiaron á replegarse poco á poco las tropas á la plaza de San Nicolás, para desde allí pasar por el puente á la parte opuesta, mientras que las tropas que se encontraban por el lado de la Karabelnaia verificaron el paso en vapores y otras embarcaciones, que al efecto habían sido dispuestas por el vice-almirante Nowosilski. Después que todas las tropas habían ya evacuado la plaza de San Nicolás y el Cabo de Pablo, y transportados los heridos desde la batería de San Nicolás y de Pablo al lado Norte, dióse la señal para que los sirvientes de artillería, los mencionados voluntarios, juntamente las tropas que ocuparon las líneas de barricadas se retirasen todas á los puntos en que se efectuaba el paso de la bahía. A medida que las últimas tropas se iban retirando de los diferentes puntos de la línea de defensa, fueron destruidas todo lo mejor posible, las obras de fortificación que había en los mismos, volados los almacenes de pólvora (en un todo 35) y entregada la ciudad á las llamas. El día 9, después de haber quedado evacuada enteramente la ciudad, se procedió á la voladura de las baterías números 7, 8 y 10, una después de otra. Por la tarde voló la batería de Pablo, y lo mismo sucedió con el repuesto de pólvora que hubo todavía en la batería de Nicolás. De esta manera y sin ser molestados abandonaron los rusos, después de una defensa tenaz de 349 días, la ciudad, cuyas obras de fortificación habían sido robustecidas y aumentadas con otras nuevas de campaña bajo el fuego de los sitiadores. El enemigo no nos acosó absolutamente durante nuestra retirada, y así verificamos el paso al lado Norte, con solo la pérdida de algunos soldados.

ROBO DE UN BUQUE EN EL GRANDE OCEANO.

NARRACION DE UN PASAJERO.

(Continuacion.)

Lavigne aseguró que en 24 horas estaríamos en la isla si se mantenía el tiempo que teníamos, y en seguida se ocupó de tomar las precauciones necesarias para abordar á San Carlos, porque se decía que los malhechores del Ecuador eran deportados allí. Juzgó, pues, prudente que mientras estuviéramos anclados en aquella isla, todos debían contribuir á la seguridad común. Con este objeto se subieron al puente las armas para ponerlas en esta to de servir.

Lavigne, Bicroff y yo poseíamos las mas preciosas. El golpe de vista fué curioso por de pronto; la goleta parecia un buque pirata, se bruñian y cargaban las armas. El piloto se me acercó, y viendo una navaja de resorto que me proponía afilar, me la pidió para verla, yo se la di diciéndole que se podía atravesar con ella un peso duro; trató de cerrarla, y viendo que no hallaba el secreto que tenía, me rogó que se lo enseñara.

Lavigne nos llamó después de comer para decirnos que se debía montar la guardia y vigilar noche y día, quedándose por turno dos pasajeros en el puente con un fusil, para poder dar la alarma en caso necesario. Este plan se puso al punto por obra.

Al día siguiente por la mañana continuamos nuestros preparativos de arribada. Se convino en que si permanecíamos algunos días fondeados en la isla, saltaríamos en tierra por mitades.

Recorriendo mis efectos ví que me faltaba la navaja, y gasté más de una hora en buscarla. Por fin me resolví á no pensar en ella. A las cuatro, como lo había dicho Lavigne, descubrimos las islas Galápagos; en frente de nosotros estaba San Carlos, y á babor teníamos la isla de Albemack, de la que tanto se había hablado la víspera.

Cuando estuvimos bastante cerca, subí al hauptes para tomar su vista. Preparóse la cadena para fondear, y con sorpresa de Lavigne, se comenzó á sondear á mucha distancia de tierra.

Oyóse al sondeador que gritaba 26 brazas de fondo, luego 18, después 14, 20, 25; no era cosa fácil de comprender. El piloto metía prisa para fondear; Lavigne decía: «Nada de eso, estamos muy lejos de tierra, no es posible que haya tan poco fondo, hasta con ver el color del agua.» Pero como el que tenía la sonda gritó 17 brazas, el piloto atormentó al capitán para que se decidiese á fondear. Lavigne veía con disgusto que el capitán iba á ceder. Hizo que le trajeran una vela, poniendo un pedazo de sebo en el fondo de la sonda, pidió que la echaran otra vez antes de anclar: la sonda fué arrojada, el hombre gritó 34 brazas, y al recogerla, Lavigne hizo observar al capitán que no había llegado al fondo. Veinte minutos después, el piloto volvió á sostener que probablemente se había tocado en bancos ó peñas, y que era muy prudente el echar anclas.

El capitán concluyó por dar la razón al piloto, y la cadena corrió mucho antes que el áncora tocara en el fondo. Lavigne sonreía de la debilidad de aquel pobre hombre.

Echóse la chalupa al agua, y como se acercaba la noche, partimos de prisa cinco pasajeros armados, con algunos marineros, donde nos pareció que veíamos una vivienda. En este trayecto pudimos juzgar de lo distantes que estábamos de la isla, porque los pasajeros que sabían manejar el remo, tuvieron que relevar á los marineros para que descansaran. Cuando nos ocupábamos de arribar, una docena de hombres que llegaron á la playa nos indicaron un punto conveniente. Recelábamos qué recepción se nos haría, y sin aparentar mucha desconfianza, nos preparáramos para todo evento. Las demostraciones pacíficas de aquellos hombres nos tranquilizaron al abordar, á pesar de que su traje y aspecto no eran á propósito para inspirar confianza. Nos dijeron que para tomar el agua que nos hacía falta, tendríamos que estar anclados tres días por lo menos, en atención á la distancia de la fuente y al mal

camino. Les regalamos una botella de aguardiente, y volvimos á bordo.

Al llegar encontramos al capitán disputando con el propietario se negaba á servir si los pasajeros se mezclaban en el piloto el buque. Lavigne replicó que esa guardia no perjudicaba el servicio de á bordo.

Apenas salió el sol, al día siguiente, subimos al puente para juzgar del aspecto de la isla, que no habíamos apercibido bien la víspera.

Es un conjunto de volcanes apagados, cuya forma singular inspira melancolía. Lavigne procuró ver con su antejo si había embarcaciones ocultas entre las rocas, y después dijo que mientras saltaba en tierra la otra mitad. Pero nadie quiso sembrar nos hizo resistir el aviso prudente de Lavigne. Viciore de si son ciertas las dificultades que pretenden para hacer aguada. Vds. harán lo que gusten, supuesto que no quieren Vds. guardar el buque. Tanto peor para Vds. si sucede una desgracia.»

Nadie quiso quedarse. Al llegar á tierra nos dirigimos á donde debían hallarse las cabañas de los habitantes. Después de haber andado mas de una hora á través de montañas volcánicas llegamos á una pequeña plataforma, donde había una docena de chozas que constituían el pueblo. Su aspecto era tristísimo, y el poco cuidado con que habían sido construidas, probaba que los que las ocupaban no había venido de buen grado al país, y que confiaban en dejarlas á la primera ocasión que se les ofreciera. No vimos ningún terreno cultivado. Las figuras eran feas y horribles, toda la depravación del vicio podía leerse en los rostros de aquellas gentes. Pedimos á uno que nos sirviera de guía para recorrer la isla, y anduvimos por ella persiguiendo algunos gansos. A nuestra vuelta estábamos tan contristados con la vista de aquel país estéril, que todos convinimos en que sería duro verse condenados á vivir en él ocho días; hasta nos prometimos el no volver á tierra, y para decirle de una vez buenos días y buenas noches, nos decidimos á comer en la cabaña del hombre que nos había servido de cicerone.

Como este desgraciado no tenía mas que un poco de carne salada y patatas, enviamos á bordo á buscar algunas provisiones, y para que la fiesta fuese completa, muchas botellas de vino de nuestra reserva. Era un verdadero regalo para nuestro guía y para algunos individuos de la isla que nos rodeaban, el beber vino, porque hacia tiempo que se hallaban privados de él. Concluida nuestra comida, nos pusimos en marcha para volver al buque, y á nuestra llegada nos reunimos en la cámara para deliberar acerca de lo que haríamos al día siguiente: decidimos que no llevaríamos mas que las escopetas de caza, y que dejaríamos á bordo todas nuestras armas bien cargadas, para que sirvieran para la defensa de la goleta en caso de necesidad.

II.

Hicimos nuestros preparativos para estar listos temprano; cada uno cargó sus armas, y al amanecer nos levantamos para ponernos en camino. Como nuestro proyecto era solo bañarnos, nos pusimos nuestros peores vestidos, sin llevar relojes ni dinero. En el momento mismo de partir, Lavigne vino á decirme que convendría que el capitán nos acompañara, porque era posible que se largara sin nosotros si quedaba á bordo. Con mi aprobación se acercó á él y le dijo:

—Vea Vd., capitán, las provisiones que llevamos, vames á almorzar en una peña, á cazar y bañarnos; el día va á ser bueno, ¿qué va Vd. á hacer á bordo? ¿No bastan el piloto y el armador para vigilar la aguada? ¿No le tienta á Vd. nuestra despedición y le dan ganas de venir con nosotros?

El capitán contestó sin vacilar, que sería de los nuestros. Cuando íbamos á embarcarnos, el mozo de tahona que venia á bordo me llamó aparte, y me pidió con mucho misterio un servicio. Tenia un cinto con treinta onzas de oro, y me rogó que lo guardara en nuestro cofre de hierro para que no tentara su vista á los habitantes de la isla que iban en la piragua, cuando nos bañáramos. Se lo dije á Lavigne, y éste fué á buscar las llaves. Llamó después al tahonero, y como lo vieron ir al lugar donde estaba el cofre, todos se acercaron con curiosidad. Lavigne abrió el cofre, y cogiendo el cinto de manos del tahonero, le dijo:

—Ya vé Vd. que no es preciso contar; á la vuelta se lo devolveré á Vd. como está.

Y cerró el cofre.

Diez y siete hombres éramos en la piragua: cinco eran isleños. Como estábamos un poco oprimidos, una voz dijo que el antejo de Lavigne, el mejor de abordo, podía sufrir una avería ó perderse. Después de vacilar se lo dió al piloto, que tendió la mano para recibirlo.

A alguna distancia del buque comenzamos una cazata fácil, porque las aves de aquellos parajes no están escarmentadas, y venían á ponerse cerca de tiro.

Al acercarnos á la costa se nos presentaron muchas focas, que perseguimos por espacio de algunas horas.

Al mediodía, con calor y hambre, resolvimos saltar en tierra para almorzar y reposarnos.

Sujetamos nuestra barca, y viendo después muchas langostas, paramos media hora cogiéndolas. Para cocerlas abrimos un hoyo en la arena, encendimos fuego y las encerramos dentro.

Almorzamos y nos bañamos. El sol calentaba y no teníamos abrigo. Uno de los nuestros salió del agua diciendo: ¡Un tiburón! Lavigne tenía un cuchillo de monte; entró con él en el agua, y salió, causándonos sorpresa, con un tiburoncito.

Mientras estábamos entretenidos así, nos llamó uno la atención hacia una vela, que atrajo todas nuestras miradas. Llamamos al capitán, que se había dormido á la sombra de la piragua, y le señalamos la vela; se levantó, miró. En efecto, dijo, es un buque que parece que viene por aquí; pero apenas se le distingue todavía; tal vez viene á hacer aguada, y se dirige á Valparaiso.

Esta idea aumentó nuestra alegría, y nos pusimos á bailar en círculo, como si fuéramos salvajes. Una hora después nos dirigíamos á bordo. El aprendiz de boticario vió un yguano sobre una roca, nos dijo que se alegraría de poseer aquel animal

y nos rogó que lo matáramos. Lavigne y yo tiramos tan á la par, que el uno no distinguió el tiro del otro. El animal dió muchas vueltas, y luego desapareció entre las rocas. Dirigióse la barca para cogerlo; al abordar, el que tenía el último remo hizo un movimiento falso, la piragua chocó contra la roca, zozobró y todos caímos al agua. Fué preciso salvar las armas y á los que no sabían nadar. Luego fué menester sacar la barca, quitarle el agua y retorcer nuestros vestidos. El cuadro era curioso. El sol de Occidente enviaba rayos rojizos sobre esta escena: los reflejos de la luz sobre las olas, y el sitio silvestre en que nos hallábamos imprimían á todo cierto carácter siniestro. El tiempo se ponía tempestuoso. Pronto nos quedamos á oscuras. Pero aún nos costó dos horas el ponernos en camino. El viento era fuerte. Apenas nos pusimos en marcha se originó una disputa entre el capitán y el hombre de la isla que gobernaba. Este último decía que el capitán había hecho zozobrar su barca á causa de su corpulencia, inclinándose sobre el borde. El capitán replicó que él no sabía gobernar. A todo esto, el norte-americano se puso á jurar tan insolentemente, que Lavigne lo cogió por el pescuezo y le dijo: «¿Qué está Vd. diciendo? Si no se calla Vd. lo echo al agua.»

Los otros cuatro remeros soltaron los remos y se prepararon á defender á su patrón con enormes cuchillos; por nuestra parte tomamos iguales medidas, y en medio de estas maniobras estuvimos á pique de zozobrar de nuevo. Esta vez pocos hubiéramos escapado á tanta distancia de tierra y con tal oscuridad. El peligro fué tan inminente, que por insinuación de uno nos quietamos todos, y la piragua volvió á seguir su derrotero.

Las olas y los vientos nos eran contrarios, la barca hacia agua y dos hombres bastaban escasamente para sacarla.

Yo estaba sentado junto á la popa, mirando á la parte donde debía hallarse nuestro buque, y esperando ver su arboladura con la ayuda de una débil claridad que bañaba el horizonte. No viendo nada, dije á Lavigne que temía que el buque que habíamos visto de día fuese el nuestro. Lavigne me agarró el brazo y me dijo con energía: «Calle Vd., esa es la única idea que me preocupa en este momento.»

Los dos estábamos muy inquietos; los otros solo mostraban deseos de volver á bordo para mudarse de ropa y comer. Pero de repente, doblando una punta, vimos en tierra tres hogueras, y oímos gritos siniestros que nos helaron de terror. Todos se agitaron. Lavigne me dijo al oído: «Estamos perdidos! Mis previsiones no me engañaban, no hemos querido seguir los consejos de la prudencia, y tal vez antes de una hora habremos dejado de existir.»

—Pero por qué, le pregunté; ¿qué peligro presume Vd. que nos amenaza?

—No sé Vd. que los de la isla se han apoderado de nuestro buque, y que han tramado el golpe con estos que han querido ahogarnos de intento, y que ahora nos aguardan en la playa para degollarnos, á fin de ocultar mejor su crimen?

Muchos preguntaron á Lavigne qué debería hacerse; pero él no quiso dejar traslucir sus sospechas á los de la isla, de quienes sospechaba; respondió vagamente que no sabía qué pensar, pero que sin vacilar se debería bogar hacia las hogueras, lo cual se verificó al punto.

Al acercarnos pudimos distinguir á mucha gente; viendo la rapidez de sus movimientos, se hubiera juzgado que era una comparsa de demonios bailando en torno de las llamas. Sin poderlo evitar, me estremecí y recordé las historias de los primeros navegantes, que naufragando en playas de salvajes habían sido asados y comidos por ellos.

Yo dije en voz baja á Lavigne que me parecía conveniente no desembarcar, si íbamos á ser asesinados, pero él me replicó: «¿Qué haremos en el mar con tal embarcación y sin provisiones? ¿No vale más morir peleando?»

Al acercarnos á tierra, Lavigne dijo en español, inglés y francés:

—Oigan Vds. lo que les digo: apenas estemos en tierra, reúnanse Vds. á mí y prepárense Vds. á la defensa.

Así lo hicimos, guardando la espalda contra una roca para hacer frente á todos nuestros enemigos. Pronto vimos venir hacia nosotros una banda de gente que no distinguimos por de pronto, pero yo observé luego que no tenía el aire hostil, ni armas que sus gritos lastimeros. ¿Cuál fué nuestra admiración al ver que los primeros que se nos aproximaban eran de los nuestros! Las armas se nos cayeron de las manos. Ellos nos hicieron saber que el piloto había huido con el buque, y que nos aguardaban con impaciencia. Entre ellos estaban cuatro marineros, uno de los dos primeros del capitán y los dos pasajeros.

Al oír esta noticia, unos lloraban, otros, tristes y abatidos, habían enmudecido. Lavigne pensó en el momento de perseguir al ladrón. Yo hacía reunir los efectos que habíamos sacado del buque, temiendo que los isleños quisieran robárnoslos.

Por lo demás, viéndome con la vida libre, me consideré feliz con la esperanza de volver á mi patria. ¿Me atreveré á decirlo? tuve un momento de alegría pensando en que después de haber viajado tanto tiempo, había tropezado con una aventura que prometía escenas dignas de mano más hábil que la mía.

Los habitantes de la isla se retiraron dejándonos entregados á nuestra desgraciada suerte. ¿Qué podían tampoco hacer por nosotros?

La noche estaba ya muy avanzada; desnudos todos, nos habíamos puesto á secar nuestros vestidos. Solo Lavigne pensaba en los intereses de todos, ideando medios de perseguir al pirata. Mandó á buscar al patrón de la piragua para ofrecerle una buena recompensa, la de treinta onzas de oro, y diez para cada uno de sus compañeros, y además viveres y licores, si quería seguirnos con su embarcación. La proposición era seductora, y sin embargo, esperamos con ansiedad la contestación.

Cuando volvió el mensajero nos anunció la negativa del inglés; el estado de su piragua, la falta de viveres y de instrumentos, había dicho, no le permitían aceptar. Lavigne nos estimuló á reunir todos nuestros esfuerzos para reparar la canoa, se volvió á la embarcación, y con antorchas improvisadas se buscó por la playa algún pedazo de hierro en planchas y clavos, pero todo fué en vano.

Pasada la primera emoción, comenzamos á preguntar cómo había sucedido este acontecimiento, cómo se hallaban en tierra algunos pasajeros y marineros. Hé aquí su narración.

Horas después de nuestra partida los pasajeros habían manifestado deseos de venir á tierra, y el propietario del buque no había tenido valor para negarse. Por otra parte, el piloto lo había alentado, diciéndole que su presencia en tierra adelantaría el servicio del agua. Preparada la chaupa, el piloto se aprovechó de la coyuntura para enviar con ellos á los hombres de la tripulación que no tenían parte en el complot. No quedaron, pues, en el buque mas que seis individuos; el piloto, un contraataque, un marinero, el cocinero, la criada de once años y uno de los primeros del capitán que tal vez por algun recelo, no había querido alejarse.

Al llegar á tierra, el propietario se fué con los pasajeros á la cima de la montaña. Poco hacia que estaban allí, cuando varios habitantes de la isla vinieron á prevenirle que se iba el buque. El buen hombre incrédulo no concibió ningun temor, y respondió que quizás el ancla se había levantado, y que la maniobra que hacia el piloto tenia por objeto el volver á anclar. Esta respuesta hizo reír de compasión á aquellas gentes. El tiempo estaba hermoso, el mar en calma; era evidente que alguna cosa extraordinaria acontecía á bordo. Pronto se alejó el buque, y el desgraciado propietario, medio convencido, se decidió á embarcarse en la chalupa con los pasajeros y cuatro marineros que hicieron fuerza de remos para seguir al buque que alcanzaron despues de tres horas de esfuerzos inauditos, y gracias á los pocos hombres que habían quedado á bordo. Cuando la chalupa estuvo cerca, cerca, el propietario Montes comenzó á llamar. Entonces apareció un hombre con un fusil: era el piloto que respondía:

—¿Por quién pregunta Vd. ? ¿Qué quiere Vd. ?

—Pero, amigo mio, dijo el propietario, ¿qué hace Vd. ? ¿dónde va Vd. ? Espérense Vd.

—¡Alto ahí! replicó el piloto echándose el fusil á la cara; si sigue Vd. lo mato.

—¡Ah, por favor! exclamó Montes, tenga Vd. piedad de nosotros. Si está Vd. resuelto á partir sin los pasajeros, por lo menos, déjenos Vd. á nosotros subir á bordo.

—Una palabra mas; y le escondo á Vd. una bala en la cabeza.

El anciano aterrado volvióse á tierra, donde lo aguardaban algunas gentes de la isla, atraídas por la curiosidad.

Concluida esta narración, se repitieron las quejas, las exclamaciones y los reproches de todas partes. Cada uno pretendía haber tenido algun presentimiento, y aseguraba que en lugar del propietario hubiera tenido él mas prudencia y energía. Las fórmulas habituales: Bien lo había dicho yo... yo lo sabía bien... he aquí lo que era menester haber hecho... Se repetían sin cesar; ¿pero de qué servían? Cuando las voces se cansaron con estos debates retrospectivos, se trató de ver qué se iba hacer; entonces las imaginaciones no fueron tan fecundas, y el silencio fué profundo...

Fatigados, afligidos por el hambre y el frio, intentamos descansar un poco, pero fué imposible. Sentados á la orilla del mar, esperamos con ansiedad el día, como si hubiera de traernos una buena noticia. Una vaga esperanza se levantó en el corazón de algunos. Tal vez, decían, volvamos á ver el buque al salir el sol. El contraataque y el primo del capitán no han debido entrar de buena gana en el complot: el contraataque, gravemente enfermo y en cama, fingiría sin duda que estaba peor todavía; el joven cedería á la violencia, pero muy pronto se aprovecharían los dos del sueño ó la embriaguez de los culpables para encadenar ó matar al piloto, y despues volverían á buscarnos.

Estas ilusiones, tan poco razonables, nos sonrieron, y á los primeros resplandores de la mañana, buscamos una vela por el horizonte. Pero ¡ay! nada descubrimos, y sin embargo, mucho despues de haber perdido toda esperanza, aun mirábamos la inmensidad del mar.

Pero el hambre vino á sacarnos de nuestras fantásticas meditaciones. Algunos de entre nosotros recorrieron la playa en busca de langostas.

La cabaña mas próxima á la costa pertenecía á un tal Martinet, que llevaba el pomposo título de gobernador de la isla, quizá porque era el peor de todos, y tambien porque era el único que poseía alguna cosa. Bien fuera por un sentimiento de compasión, ó porque concibiera alguna esperanza de recompensa por lo poco que hiciera en favor nuestro, nos distribuyó aquel primer día algunos alimentos, pero al siguiente nos dijo:

—Son Vds. diez y nueve, y la isla no puede mantener á los cincuenta hombres deportados que contiene; es preciso, pues, que busqued Vds. su sustento, porque yo no puedo dárselo á Vds. Vayan Vds. hacia el pueblo, y examinen Vds. si podrán instalarse cerca de la fuente, y despues organicense Vds.

Reunimos por lo tanto á deliberar acerca de lo que haríamos. Montes se había alejado ya con las dos mujeres. Había ofrecido su repetición, única cosa que poseía, á un habitante de la isla, que había consentido en mantenerlos y alojarlos á los tres mientras permanecieran en la isla. El capitán tomó la resolución de quedarse á orillas del mar con su primo y los cuatro marineros. Quedábamos diez personas, que resolvimos nombrar un jefe. Lavigne lo fué por unanimidad, y yo fui nombrado su segundo para ayudarlo ó reemplazarlo en caso de necesidad. Apenas entré en ejercicio rogué á mis camaradas que desocuparan sus bolsillos para hacer masa comun. Entre todos juntamos veintisiete piastras.

Lavigne nos dió la señal de partida, y abandonamos la playa con profunda tristeza. Una vez puestos en marcha, traté de romper el silencio que reinaba entre nosotros, poniéndome á cantar una canción:

Se oye por la selva umbría, etc.

Pero aun no había comenzado, cuando un grito general me llamó al orden, diciendo que la ocasión no era de cánticos en medio de nuestra desgracia. Tal era el abatimiento, que ni fuerzas se sentían para andar, de suerte que se tardaron horas enteras en llegar á la meseta donde estaban situadas las cabañas de la isla, y sabíamos que sus moradores estaban muy mal dispuestos en favor nuestro, porque decían que íbamos á ser causa de un hambre.

A la puerta de la primera cabaña vimos una mujer que parecia bastante bella: su aspecto nos causó impresión; la regularidad de sus facciones y sus ojos negros, su color dorado, que hacia resaltar la cabellera negra tendida por la espalda desnuda, su talle esbelto me trajeron á la memoria las espigadas

ras de Leopoldo Robert. Cuando estuvimos cerca de ella, nos paramos para darle los buenos dias; ella contestó con aire benévolo:

—Bien venidos sean Vds.; entren Vds. si gustan á descansar en mi cabaña.

No fué preciso repetir la invitación.

—Yo soy una pobre mujer, dijo; no tengo mas que lo que Vds. ven; pero como Vds. son mas desgraciados que yo, porque no tienen donde recogerse, si gustan Vds. pueden vivir en mi cabaña hasta que se acomoden Vds. mejor.

Aceptamos muy contentos. Ella nos contó que había pasado parte de la noche en la playa, y que le había afligido la idea de las penalidades que iba á causarnos la fuga del buque, que había hablado de socorrernos á algunos isleños, pero que todos estaban temerosos de ver diez y nueve personas mas en la isla sin saber por cuánto tiempo, y que habían dispuesto ocultar lo que poseían con mucha cautela.

Esta cabaña, providencia de un momento, estaba hecha con maderas toscas y juncos marinos. Una hamaca vieja de lienzo y una silla deteriorada eran los únicos muebles de la vivienda. A la izquierda de la entrada había una especie de gabinete hecho de cañas con una puerta de lo mismo: ¿qué podía encerrar? Esto preocupaba á todos mis compañeros sin duda, quienes sentados en el suelo no se atrevían á moverse por temor de perder el solo recurso que acabábamos de encontrar. Mi curiosidad me venció, y empujando la puertecilla, se estrechó mi corazón á la vista del interior de aquel triste reducto, que contenía un lecho de palos atravesados á lo largo y á lo ancho, con un colchon de musgo, y sacos por cortinas. La pobre muchacha no poseía mas que aquello. Un cercado se veía únicamente por la parte por donde había salido, y en la que estaba actualmente cociendo algunos alimentos. Lavigne, que había ido á visitar los alrededores, nos dijo que había entrado en varias cabañas, que nadie le había ofrecido nada, pero que acaso se hallaría alguna cosa que comprar para pasar el día, cuando la joven que lo había oído: «No se molesten Vds. por su manutención de hoy, dijo ella; yo la preparo, pero tengan Vds. la bondad de esperar un poco.» Y al propio tiempo colocó en el medio de la cabaña una caja vuelta del revés para que nos sirviera de mesa; luego fué á buscar una marmita remendada que contenía un guiso hecho á su manera, compuesto de patatas y de carne acecinada, á lo que agregó algunas galletas fritas en aceite de tortuga. Nosotros devoramos la comida.

En seguida nuestra primera ocupación fué procurarnos gran cantidad de yerbas secas destinadas á servirnos de lecho en la cabaña. Despues fabricamos cucharas de madera para comer lo que debía ser nuestro principal alimento en la isla, la sopa de calabaza silvestre.

A contar desde este día comenzó para nosotros una vida penosa y monótona. Nos levantábamos antes de salir el sol, y dejábamos la cabaña para ir á buscar una vela en el horizonte. Inútil fué cuanto hicimos por conquistar las simpatías de uno solo de los cuarenta ó cincuenta individuos que habitaban la isla. La mayor parte eran criminales deportados de la república del Ecuador; por lo comun se fingían condenados políticos: evitaban el hablarlos, ó serían de nuestra miseria. Solo Petita, compadecida nuestra desgracia. Su conducta con nosotros atestiguaba un sentimiento mas profundo que el de la hospitalidad; casi rayaba en sacrificio. Al mismo tiempo su sencillez, su buen sentido, y cierto orgullo natural imponían respeto. Ella preparaba nuestro alimento, lavaba lo poco que habíamos salvado del desastre, y trataba de animarnos con una alegría fingida. Nunca hemos sabido la historia misteriosa de aquella joven...

Todas las noches encendíamos una hoguera en el monte, y dos de los nuestros la guardaban. Lavigne y yo bajamos un día de nuestro puesto, y en vez de retirarnos á la cabaña, fuimos á buscar alguna cosa que comer, aprovechando la baja marea. Apenas haría una hora que estábamos en la playa, cuando oímos las voces de dos compañeros que nos buscaban. Nosotros nos dirigimos hacia ellos con alguna inquietud. Con mucha sorpresa nuestra, nos dijeron que desde lo alto de la montaña se descubría en el horizonte un buque, y los de la isla se empeñaba en que era el nuestro, porque estaba en el mismo sitio de donde había desaparecido. Vacilamos en creer lo que oíamos pero vimos bajar del monte á algunos habitantes y á otros compañeros que venían á confirmar la noticia.

El inglés, (el propietario de la piragua) venía con un fusil al hombro, y como la piragua había sido reparada, proponía á Lavigne el ajuste que no quiso aceptar antes. Lavigne le dijo: —¿Piensa Vd. que el buque pueda estar todavía en estos parajes?

—Supongo, contestó el inglés, que habrán querido pasar á través de algunas islas del Archipiélago, donde no habrán hallado bastante fondo, y que habrán tenido que esperar un viento favorable para retrocer; yo conozco bien todos estos pasajes, y porque los he recorrido con mi piragua.

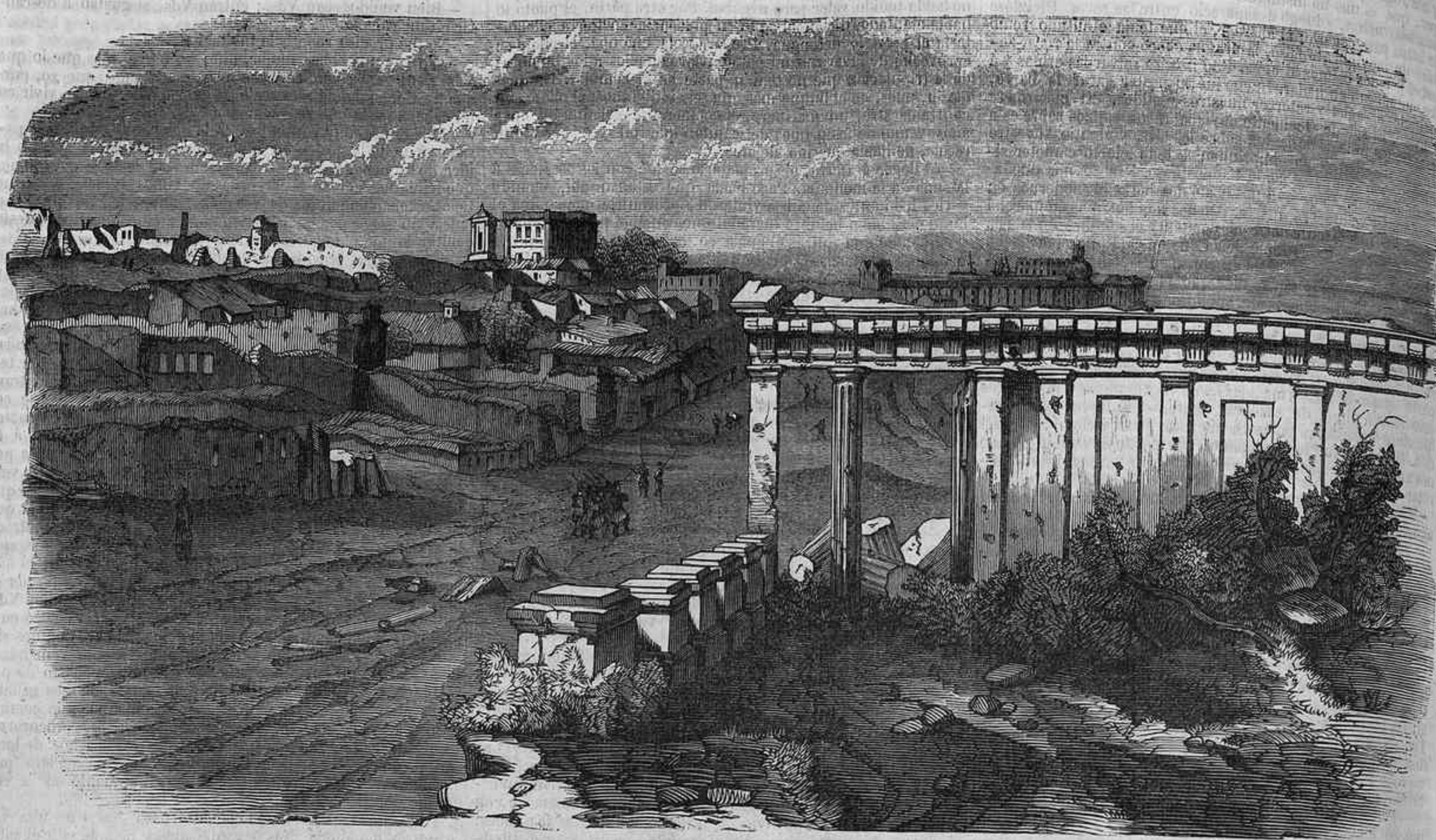
Lavigne aceptó la proposición, y se convino en que dos ó tres de nosotros serían de la expedición. Hicieronse los preparativos para la partida; nuestros compañeros habían traído nuestros fusiles, y como no nos quedaban balas, Desiré se puso á fundirlas de plomo. Creyendo algunas gentes de la isla que nos iba á volver la fortuna, nos trajeron su contingente de socorro para facilitar nuestra empresa: los unos nos dieron un poco de carne acecinada, otros patatas que se cocieron en el acto, y cuando todo estuvo listo, se echó la piragua al mar. Lavigne me había escogido para compañero. En el momento de embarcarnos, inciertos sobre la suerte que nos aguardaba, dijimos adios á nuestros camaradas casi con las lágrimas en los ojos.

Nos dirigimos hacia el punto en que se había visto el buque, pero como no hacia viento, nos vimos obligados á remar toda la mañana.

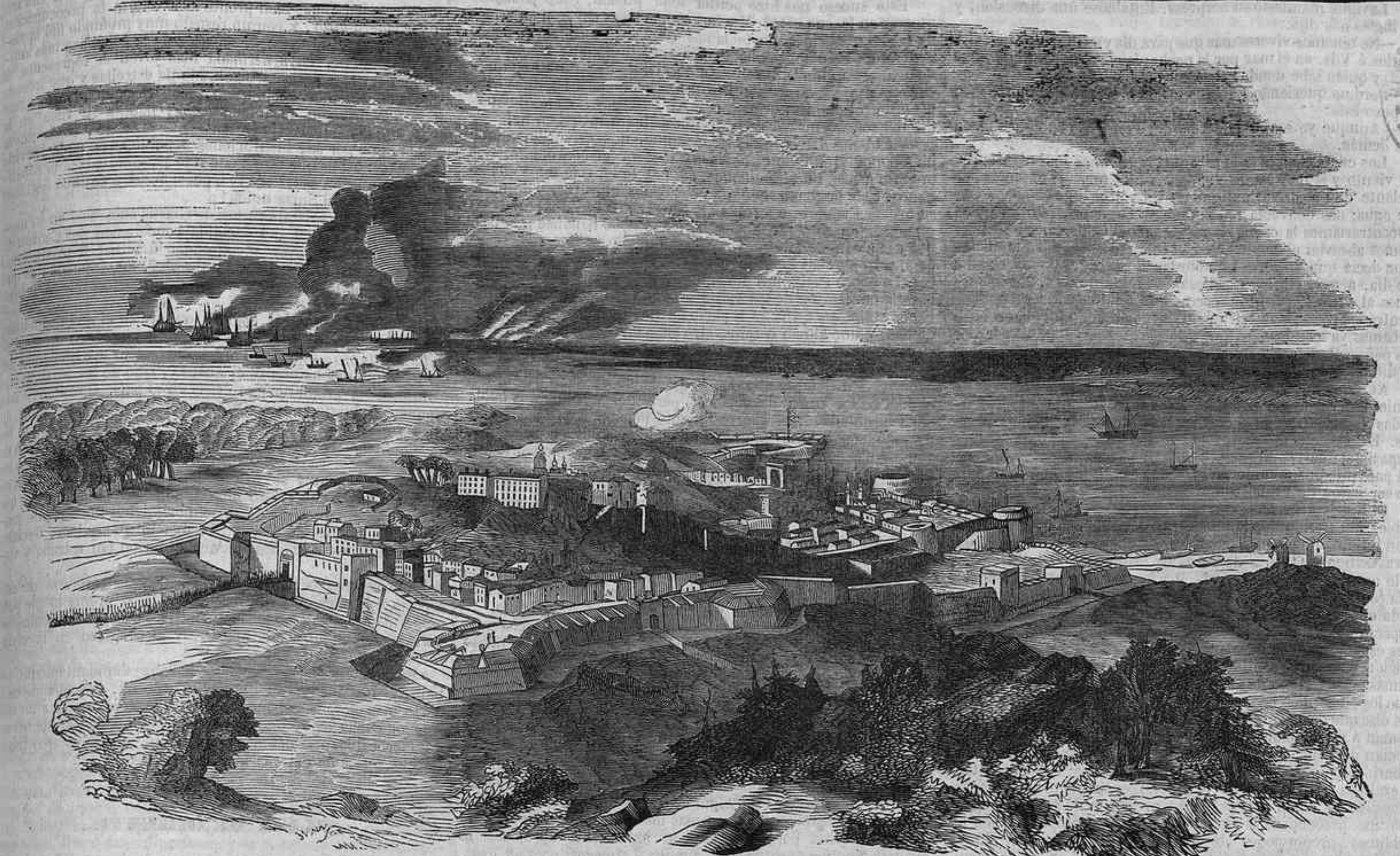
A la una de la tarde, no habíamos visto nada todavía; una fuerte brisa se levantó muy oportunamente para dejarnos descansar: poco despues el mar se irritó un poco, y fuimos arrebatados con una rapidez extrema; muy pronto apenas distinguíamos la isla, que quedaba á nuestra espalda. Por el contrario, delante de nosotros se dibujaba una tierra inmensa, era la isla de Albemarle. A las cuatro no habíamos visto el buque. Nuestra dirección no nos parecia la indicada, Lavigne dijo en inglés al dueño de la piragua:

—Me parece que no seguimos el mismo derrotero.

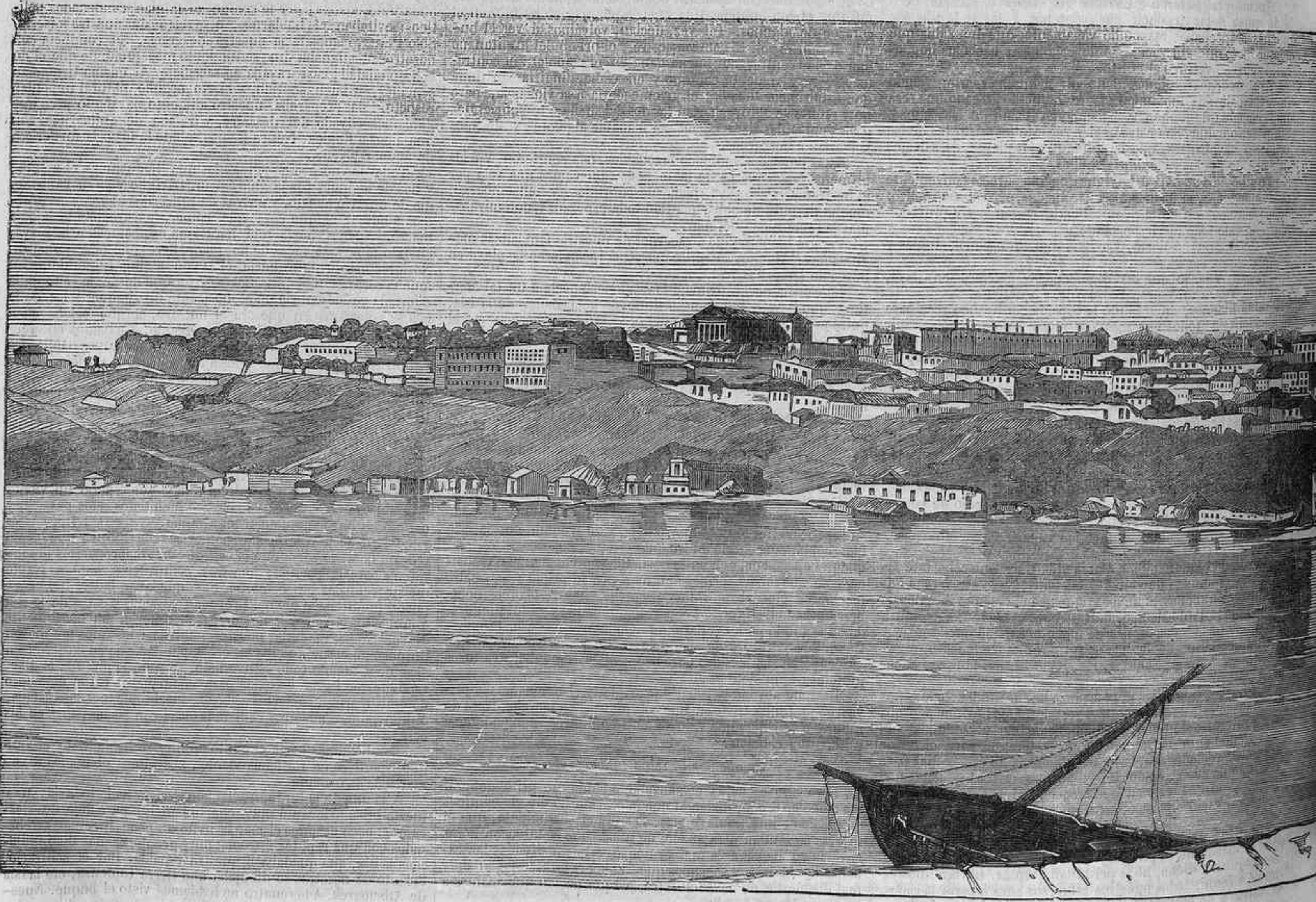
—Es verdad, respondió el inglés, vamos á pernoctar en la isla que se ve allí.



Sebastopol despues de su destruccion, visto de la iglesia de San Pedro y San Pablo.



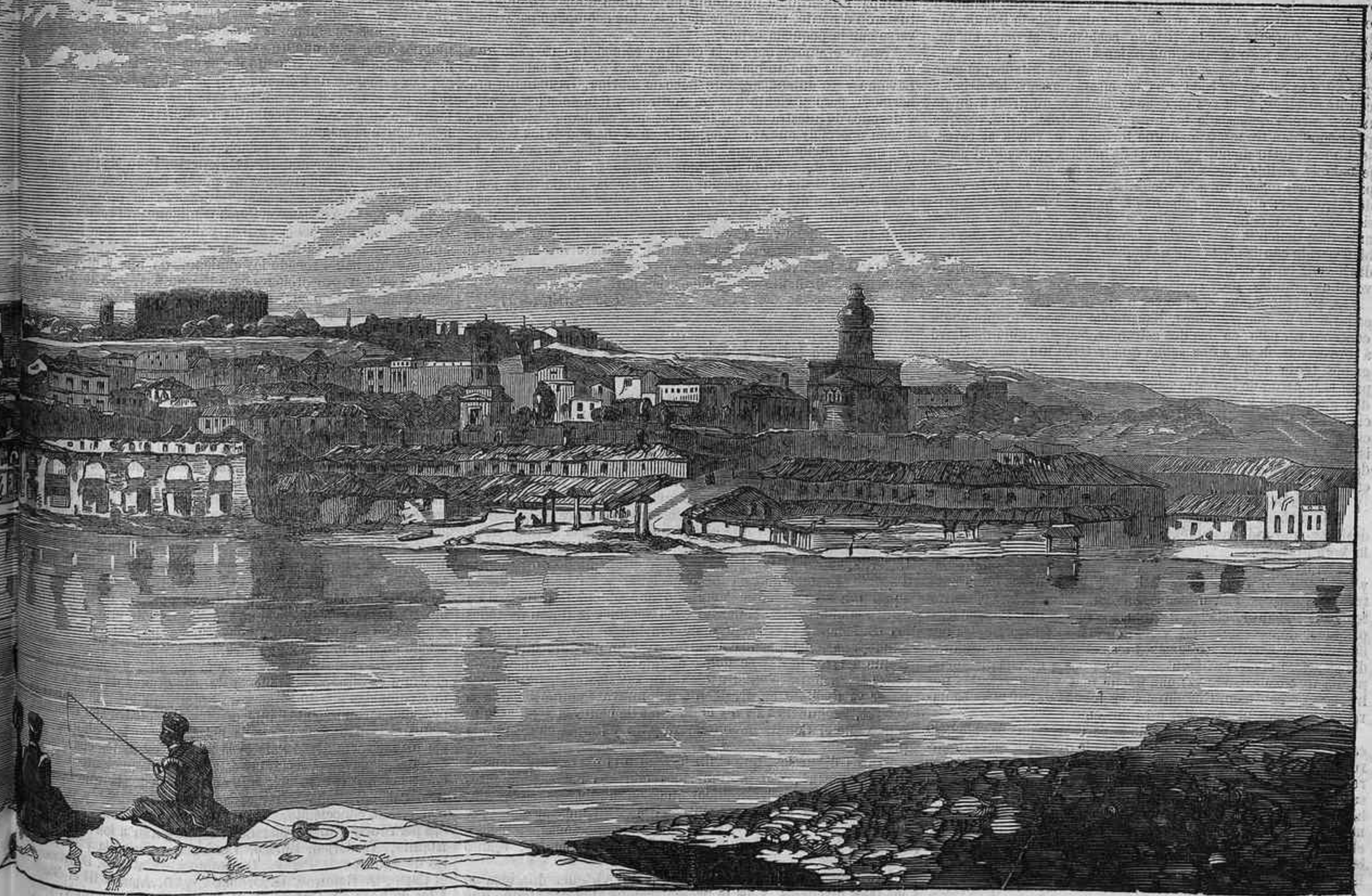
Vista de Otschakoff sobre la ria del Dnieper.



Palacio del gobernador.

SEBASTOPOL DESPUES DE SU DESTRUCCION, VISTO DEL MALECON DEL FUERTE DE PABLO.

Cuartel.



Gran torre de ramparas.

Iglesia griega.

Lavigne manifestó su sorpresa. Entablóse una discusión, y el inglés nos dijo:

—No tenemos viveres mas que para día y medio, no quiero tenerlos á Vds. en el mar por la noche; la corriente es aquí fuerte, ¿y quién sabe donde estaríamos mañana?

Pero no queriendo Lavigne ceder á las razones del inglés, repuso éste:

—Aunque yo sea el jefe á bordo, consiento en consultar á los demás.

Los cuatro hombres aprobaron, y tuvimos que consentir. El viento y el mar estaban cada vez mas fuertes; pasamos por delante de un cráter antiguo de un volcan que estaba á flor de agua; nos convenia mucho pasar el viento, porque quizá encontraríamos la calma detrás de aquel baluarte, y necesitábamos abreviar el camino cuanto fuera posible, porque el patron decia que no se podia abordar la isla de Albemarle sino de día, á causa de los escollos que la guarnecian. Pusimos pues al viento, pero tan cerca, que temimos ser estrellados contra las rocas, y nuestra pérdida era infalible. Por eso buscábamos ya con los ojos por qué parte podríamos trepar por las peñas. Pero estas eran tan escarpadas que no hubiéramos podido salvarnos.

Al aproximarnos, espantamos nubes de aves marítimas que vinieron á revolotear sobre nuestras cabezas; parecian sorprendidas y curiosas; y se acercaban tanto que casi podíamos tocarlas. El espectáculo era propio para conmovier el corazón mas impasible; nuestra piragua envuelta entre las olas parecia á cada paso próxima á sumergirse, todos estábamos inmóviles para no ser causa de un falso movimiento.

El inglés gobernaba con una habilidad y una atención admirables. Su tranquilidad probaba lo habituado que estaba al mar. Con dificultad llegamos antes de ponerse el sol cerca de la isla, atravesando una línea de peñascos peligrosos, cuyo pasaje era solo cometido de nuestro guia. Por fin, abordamos una inmensa isla (de unas cuarenta leguas de longitud) desierta, y ocupada toda ella por una selva virgen. De mí se habia apoderado una especie de curiosidad entusiasta, y esa admiración de los grandes espectáculos de la naturaleza que arrebatan nuestra imaginación y nuestros sentidos á un mundo superior al nuestro. Las ramas y los troncos de los árboles tan antiguos como la tierra que los alimenta, cediendo al impulso violento de las ráfagas; las olas que después de haberse quebrado con fracaso en las rocas venian á morir mansamente en la playa, y á acariciar lo que no podian destruir: los ecos que repetian todos estos ruidos en el laberinto confuso y desornado de la montaña; todo aumentaba y exaltaba mi admiración. No sé si mi pensamiento era entonces accesible al temor ó la pena; en presencia de aquella escena, solo me preocupaba la debilidad humana, comparada con las sublimes proporciones de las obras de Dios. Encendimos una hoguera á orillas del mar, y después de haber comido un poco, intentamos dormir. Al primer resplandor del alba nos pusimos en pie, y después de habernos desayunado con los viveres que nos quedaban, nos pusimos en marcha con confianza en busca de otros; fuimos á cazar tortugas.—Esta expedición tenia muchos atractivos para mí, porque íbamos á explorar parte de la selva virgen que cubre toda la isla de Albemarle. Durante mucho tiempo costeamos al mar, encontrando á cada paso iguanos que huian al agua.

Al entrar en la selva, nos dividimos en dos mitades; el guia que iba á la cabeza de cada una de ellas, marcaba los árboles con un machete, y de vez en cuando dábamos un grito á fin de no separarnos demasiado los unos de los otros. Cada vez que por casualidad tropezaba con una tortuga, la volvía al revés, según me habian dicho, y después de haberla acercado al pasaje todo lo posible, hacia algunas señas con ramas de árboles para poderla encontrar á la vuelta. Al mediodía se dió la señal de retroceder: entonces comenzó la matanza de nuestras prisioneras. Con pena me habitué á ver morir aquellos pobres animales; tienen la vida estremadamente dura; parecia que habian nacido con las islas que habitaban, y que estaban destinadas á vivir tanto como ellas (1). De algunas se estrajeron huevos muy grandes, muy redondos y duros.

La caza fué buena, y al volver á nuestro asilo veníamos cargados todo lo que podíamos, llevando al hombro lo que podia contener un palo en los dos extremos. Nuestro guia nos llevó á proveernos de sal á una salina que la tenia muy blanca. Llegamos tarde á la playa cansados y habrientos; hicimos fuego para asar carne de tortuga, sobre todo los hígados, que no pueden guardarse, y son un manjar delicado. «Estoy seguro», decia Lavigne, «que si un gastrónomo, curioso de todo placer culinario, conociera el sabor del hígado de tortuga asado en la isla de Albemarle, haria un viaje *eo-profeso* á este archipiélago de las Galápagos.» Después de habernos hartado, salamos las carnes á fin de conservarlas y llevárnoslas al día siguiente.

Aquella noche dormimos todos con profundo sueño. A la mañana del siguiente dia nos despedimos de la isla desierta, que indudablemente no ha sido explorada del todo á la hora presente.

Una niebla espesa nos impidió el ver nuestra isla en dos dias y una noche. Era imposible distinguir las hogueras que nuestros compañeros debian conservar en la montaña. Nuestras fuerzas estaban agotadas de remar noche y dia, impacientes por saber dónde estábamos y temiendo que las corrientes nos llevaran mar adentro. Gracias á Dios, al concluirse el segundo dia se aclaró el cielo y descubrimos una isla á mucha distancia, pero á nuestra espalda ya: una noche mas y las corrientes nos hubieran arrebatado. Guiados por los fuegos de nuestros camaradas, llegamos para perder otra ilusión.

El buque descubrió el dia de la partida, habia pasado cerca de la isla después de haber cambiado muchas veces de dirección. Era un ballenero norte-americano; el capitán no quiso recibir á bordo á nuestros compañeros, ni aun dejarles ningun sustento. Respondió que lo que necesitaba era reemplazar siete hombres de la tripulación que habia perdido y no escuchar lamentaciones. Uno solo de los nuestros consintió en irse con él, el mozo de la tabona, que habia preferido el duro ejercicio de la pesca de ballena á la perspectiva de morir de hambre en la isla.

(1) Las islas Galápagos no parecen muy antiguas; quizá no tienen mas que algunos siglos, quizá no han salido de debajo del mar sino después de numerosas erupciones de volcanes sub-marinos; en muchas partes se encuentra muy poca tierra vegetal, que cubre escasamente rocas amontonadas unas sobre otras.

Este suceso nos hizo perder toda ilusión; ¿qué podíamos esperar en lo sucesivo? Muchos compañeros cayeron enfermos de tristeza. Además no teníamos camisas; dormíamos por lo general en el suelo, comiendo escasamente lo que recogíamos de una pesca difícil. El sol nos abrasaba de día; durante la noche, para preservarnos del frio nos apretábamos los unos contra los otros; teníamos las caras, los brazos y los pies quemados del sol, los insectos nos destrozaban sin misericordia.

Viéndonos Lavigne perder el ánimo, nos persuadió á que hiciéramos el último esfuerzo para pasar al continente. Nos propuso armar nuestra chalupa, falta de todo, solo tenia cuatro remos. Este proyecto sedujo á ocho de los nuestros, y despertó su ardor. Comenzóse á trabajar. Nuestros últimos recursos los gastamos en comprar la poca harina que se hallaba en la isla, una corta cantidad de *charqui* (carne medio corrompida, secada al sol,) algunas sapagas (calabazas silvestres), y patatas dulces. La pobre Petita nos dió su única sábana y algunas camisas para la fabricación de las velas; pero no habia bastante, y nos vimos obligados á añadir la parte de vestido que cada uno tenia de lienzo; uno dió su camisa, otro su pantalón, y así formamos el velamen mas singular que se haya visto jamás. La idea de nuestra partida alarmó á Petita. Desde que estaba en la isla habia vivido siempre aislada, lo que habia escitado contra ella el odio de los otros deportados; pero después que nos habia dado hospitalidad, el aborrecimiento llegaba á la execración; por esto convinimos en que si no podíamos llevárnosla de día, vendríamos por la noche á buscarla. Desde aquel momento trabajó por nosotros como una leona. Un dia que cosía las velas cantando, la dije yo:

—¿No ve Vd., mi pobre amiga, que probablemente cose Vd. su sudario?

—Poco me importa, respondió, con tal que no me separe de mi protector, y que salga de esta tierra de maldición!

Veinticinco dias pasamos en estos preparativos, haciendo cuerdas con yerbas, haciendo carbon y galletas en un horno natural que nos suministró el cráter de un volcan apagado.

Por fin llegó el momento de echar al agua nuestra chalupa, de ponerle mástiles y velas; bajamos á la orilla del mar nuestras provisiones, y yo las embarqué sirviéndome de una barquilla. Nuestra chalupa estaba fondeada un poco al largo, sujeta con una piedra y atada con una cuerda de nuestra fabrica. Al mismo tiempo vi cerca de la cabaña, situada á orillas del mar, un número considerable de hombres de la isla que parecian armados y con una agitación amenazadora. Los marinos y los propietarios de la goleta habian anunciado la víspera que no nos dejarían partir, porque decian ellos, la chalupa les pertenecia, y era su única esperanza. Algunos otros de la isla se oponian también á nuestra partida sin mas motivo que la malevolencia natural, ó quizá porque esperaban igualmente apropiarse la chalupa. Inquieto acerca de lo que iba á suceder, cogí mi fusil, y saltando en la barquilla me dirigí á tierra. Cuando llegué comenzaba la disputa, y poco le faltó para venir á las manos; sin embargo, logramos vencer toda aquella oposicion firmando un pagaré de 300 piastras en favor de Montes, propietario de la chalupa. Embarqué á mis compañeros uno á uno, y cuando estuvieron á bordo, un hombre de la isla me acompañó para volverse con la pequeña canoa.

Nueve éramos á bordo, la chalupa estaba tan cargada que no tenia mas que un pie fuera del agua. Por otra parte, solo Lavigne y yo entendíamos un poco de marina. La mañana era hermosa, pero el viento nos era contrario; tomamos los remos, y después de nuestra salida, todos los que estaban en tierra pudieron percibir nuestra ignorancia en el manejo de los remos. Lo que contribuía á que fuéramos aun mas torpes era la multitud de objetos que habíamos metido en la chalupa. Remando todo el dia no conseguimos doblar la punta de la isla. Para colmo de dificultad, tuvimos que luchar contra una fuerte corriente que redobló la alta marea. Nuestras fuerzas estaban agotadas, la noche venia, y el viento empezaba á soplar con mas violencia. Sin embargo, para descansar y separarnos de la costa fué preciso tender la vela, operacion cuya maniobra nos era desconocida. Felizmente se logró hacerlo bien.

(Se continuará)

El tiro federal de Soloturn en Suiza de 1855.

Aun cuando ya en otro número anterior hemos reseñado esta fiesta nacional de los hijos de Guillermo Tell, séanos lícito que al presentar adjunta la lámina respectiva á la distribución de premios, consignemos todavía algunos detalles para completar el cuadro someramente trazado.

Al verificarse la solemne inauguración del tiro federal de Soloturn, no hubo si se quiere una concurrencia tan grande de tiradores como en otros anteriores; pero en cambio se notó mucho orden. Luego que habia tenido lugar la entrega de la bandera federal de tiradores por el consejero consistorial de Lucerna, señor de Winkler, bosquejó el mismo en un brillante discurso el origen de esta fiesta nacional y su historia, hasta aquel mismo momento. Manifestó que el objeto principal de estas asambleas era el afianzar cada vez mas la union de todos los confederados, sirviendo de inmediato norte esta misma bandera nacional que iba á entregar. Dijo por fin, que justamente á estas fiestas se debía el que el estado político de la Suiza se encontrase en situación tan satisfactoria. Después de haber ya recibido el presidente del nuevo Comité la bandera federal, pronunció á su vez el discurso de contestación, asegurando que el Comité la conservará pura y limpia cual sagrada prenda.

Otros discursos, que al fin forman una parte muy esencial de estas fiestas, son pronunciados con sus correspondientes brindis después de las comidas que tienen lugar todos los dias en una grande galería aparentemente construida al efecto, y en las cuales pueden tomar parte cuantas personas abonen el precio del cubierto fijado previamente por el Comité, sean ó no tiradores.

Creemos que no desagradará al lector el tener una idea de los tales discursos, y así le presentaremos al efecto alguno que otro en extracto.

Una impresion muy favorable produjo el pronunciado por el Cónsul norte-americano en Suiza, señor Smith-Lee, que dijo entre otras cosas: «Señores; si he de decir la verdad, cuando me hallaba aun al otro lado del Océano tenia cierta

prevención á las fiestas de los tiradores suizos, y con ella me vine á este país; mas bien pronto convirtiéndose la preocupación en verdadero gozo, y con un respeto muy profundo fijó la visgüa del mundo, cuya hermana mas joven la representa el pabellon norte-americano sembrado de estrellas y que tremola á su lado. Cuando Washington, nuestro padre, y que tremola de la constitucion norte-americana, pendia su vista en la base del mundo, que por sus instituciones republicanas pudo servirle de norma: así es que mucho ha sido trasplantada á la constitucion de nuestra patria. ¡Viva, pues, nuestra antigua hermana la Suiza libre, la Suiza unida!»

El consejero federal Blumer de Glarus encareció en su narración histórica la eficaz y decidida cooperación del Canton de Soloturn, en promover y consolidar la actual feliz situación política de la Suiza, poniendo á realce la circunstancia que entre los Cantones católicos merece en esta parte el primer puesto.

El coronel Fogliardi, cabeza de los tiradores tesinenses, desenvolviendo la situación actual de su canton en un discurso muy estenso, dijo entre otras cosas: «No nos quejamos del bloqueo que nos ha puesto el Austria, sino de las intrigas en caminadas á promover una crisis en el país. Oposimos á este ataque una fuerte resistencia, cuando hé aquí que el puñal de un asesino fué la señal de una viva y general indignación. No ha sido menester gritar al pueblo: «¡Armate para el sosten de la ley!» La chispa eléctrica hirió al pueblo en masa. En los primeros momentos se habria creído que éste se hallaba en completa revolución; pero bien pronto se pudo conocer que pretendia todo lo contrario. Este movimiento iba dirigido contra los aduladores del pueblo. «Venga lo que quiera, decíase, pero forzoso es salgamos de una situación tan estraña y violenta.

No cansaremos mas al lector con otras peroratas de esta especie, pues cuántas se oyeron son de la propia índole poco mas ó menos, dirigidas todas á enardecer los sentimientos de patriotismo, el amor á la libertad y al progreso en la civilización.

El templete de los premios se hallaba abundantemente dotado, y engalanado con un gusto especial, descollando en la parte mas elevada la bandera federal de tiradores, y á un lado solo algo mas bajo, ondeaba el estrellado pabellon americano, y á cierta distancia del mismo habia un magnífico arco triunfal que servia de entrada al campo de tiro.

PLAZA DE ORIENTE.

Una de las cosas que mas agradablemente sorprenden al viajero, ó al habitante de las provincias, que por espacio de algunos años ha estado ausente de Madrid, es el aspecto encantador de esta plaza.

Formada en la época azarosa de José Napoleon, con el derribo de la parroquia de San Juan, la Biblioteca, el jardin de la Priora, y mas de cincuenta casas, no ha sido por espacio de muchos años mas que un campo inmenso, irregular y sumamente molesto en su tránsito en el rigor de las estaciones.

Los esfuerzos de Fernando VII para remediar los daños causados por el invasor, fueron tan estériles en resultados, como fecundos en gastos: se pretendia reemplazar los destruidos edificios con una magnífica plaza circular y un gran teatro, enlazando de esta manera el palacio con la población, de la que estaba separado por aquel vasto desierto. Pero Madrid, que según noticias ha sido siempre un pueblo muy desgraciado en la construcción de sus edificios, vió fracasar el proyecto, y vió tambien que se malgastaron muchos millones de reales en construir un teatro de *belleza rara*, y dos galerías que habian de enlazar con dicho edificio; después de haberse labrado mucha piedra y de haber sacado los cimientos de una y otra galería, pareció que sus proporciones eran mezquinas, y se desistió de la comenzada obra, lo cual ocasionó descrédito á los arquitectos, y oro á la nación. Es fama, que para el referido edificio habian sacado estos varios diseños, pero parece ser que en esta ocasión hicieron el efecto de la carabina de Ambrosio.

El resultado de abandonar este proyecto, fué, que por algunos años se cerró con unas malas tablas el inmenso espacio comprendido entre Santiago, la Encarnación, la calle del Espejo, y un puentecillo en la embocadura de la calle de las Fuentes, quedando de noche interceptado el paso. Posteriormente se habilitó el tránsito por medio de andanadas alumbradas de faroles, se niveló el terreno, se fabricó el teatro, se demolíó la parte de la galería que se habia construido, y últimamente se edificaron varias manzanas de casas por cuenta de particulares, entre la iglesia de Santiago y la calle del Espejo, formando calles simétricas, pero en general, tristes y poco transitadas.

Tal era el estado de esta disforme plaza en 1841, cuando el director del Real Patrimonio, el dignísimo señor don Agustín Argüelles, cuya memoria será siempre grata á los buenos españoles, acompañado de don Martín de los Heros, no menos digno intendente de Palacio, acometió la empresa de embellecerla, sucediéndose desde entonces nuevas mejoras hasta ponerla en el estado en que hoy se encuentra.

Elevada como dos piés sobre el terreno, y rodeada de una elegante escalinata, compuesta de tres gradas de piedra caliza, interrumpidas por 20 zócalos de granito en los que sientan 40 pedestales con asientos intermedios de piedra de Colmenar, ocupa el centro de la ya citada plaza una glorieta elíptica, cuyo eje mayor corre desde Palacio al teatro. Sobre los cuarenta pedestales se elevan otras tantas estatuas, pertenecientes á la gran colección que estuvo colocada en la balaustrada que corona el Real Palacio: dichas estatuas aparecen disformes y producen un efecto, conociéndose á primera vista que han sido ejecutadas para lucir á mayor distancia: representan á los reyes godos, á Ataulfo, Teodorico, Eurico, Leovigildo, Suintila y Wamba; á los de Asturias, D. Pelayo, D. Alonso I el Católico, D. Alonso II el Casto, D. Ramiro I. D. Ordoño I, y D. Alonso III el Magno; á los de León, D. Ordoño II, D. Ramiro II, D. Alonso V, y Don Alonso IX: á los Condes de Castilla, Fernán-Gonzales, primer Conde; D. Alonso VIII, y Doña Berenguela: á los Reyes de Castilla y de León, D. Fernando I, D. Alonso VI, Doña Urraca, Don Alonso X, el Emperador, D. Sancho IV, D. Alonso XI, D. Juan primero, Doña Isabel la Católica, Don Fernando V, y D. Felipe

Segundo: al fundador del reino pirinámico, Inigo Arista: á los Reyes de Aragon, D. Ramiro I, D. Ramiro II, Sancho Ramirez, D. Alonso V el Batallador, Doña Petronila, D. Jaime I, D. Sancho IV el Bravo, y á los Condes de Barcelona, Wifredo el Belloso, y D. Ramon Berenguer.

La escalinata es una circunferencia de 7,286 piés, y da subida á una calle de igual figura, de 64 piés de ancha, adornada con dos filas de acacia: en el centro se eleva sobre zócalos de cantería y piedra de Colmenar con asientos á uno y otro lado, la elegante berja de hierro bronceado que cierra la glorieta en una circunferencia de 886: dentro de esta berja, hay un lindo jardin de flores y árboles frutales, adornado con cuatro pequeños y graciosos surtidores.

En medio de la espresada glorieta, se eleva un alto y fuerte zócalo de granito en el que sienta un elegante pedestal de planta rectangular, cuyo suelo está adornado por los lados con dos bajos relieves, en los que se representa á Felipe IV, condecorado á Velazquez con el hábito de Santiago, y á mismo rey, dispensando su proteccion á las ciencias y á las artes. En el frente del indicado neto, hay recuadros de mármol con inscripciones. La que mira á Palacio dice:

REINANDO ISABEL II
DE BORBON,
AÑO DE 1844.

En la que corresponde á la parte del teatro, se lee:

PARA GLORIA DE LAS ARTES
Y ORNAMENTO DE LA CAPITAL,
ERIGIÓ
ISABEL II
ESTE MONUMENTO.

En cada uno de los dos frentes hay una fuente, que consiste en la estatua de un anciano, el cual vierte el agua de la urna á unas conchas que la derraman en un gran pilón semicircular.

En los cuatro ángulos se ven cuatro pedestales con otros tantos leones de bronce de gran magnitud. Sobre el monumento descansa la magnífica estatua ecuestre del rey D. Felipe IV, trasladada al efecto desde el real sitio del Buen Retiro donde se hallaba.

A continuación transcribimos íntegro cuanto sobre ella dice el erudito D. Antonio Ponz, por conceptuarlo digno de excitar el interés de los aficionados á las artes.

«Sábese que el señor Felipe IV escribió á la gran Duquesa de Toscana, Cristina de Lorena, pidiéndola encargase al célebre escultor de aquella capital, Pedro Tacca, la obra de esta estatua. Habiendo esta señora confiado al Gran Duque el encargo que tenia, llamó éste al profesor, y se la ordenó con la circunstancia de dejar cuaiquier otro trabajo, y de que habia de correr por cuenta de S. A., que con ella pensaba hacer un regalo á S. M. Despues de algunos estudios que Tacca habia hecho, se le manifestó que gustaria al Rey que no se hiciese el caballo en la conformidad que los otros de su género, esto es, en acto de paseo, sino de corveta ó de galope. En vista de lo cual, y deseoso de agradar al Rey, escribió á esta córte, solicitando se le enviase un ejemplar, ejecutado por buen pintor, para gobernarse y acertar mejor en la obra. En efecto, dentro de pocas semanas se le envió un cuadro de mano de Diego de Velazquez con el rey á caballo, y á mas de esto, otro retrato de medio cuerpo que el mismo Velazquez hizo del rey.

«Vista la actitud que se habia de dar al caballo por los profesores y aficionados que habia en Florencia, tuvieron por imposible que la obra pudiera efectuarse, tratándose de mantener en el angosto espacio de dos piés una mole de mas de diez y ocho millares de libras, la cual habia de subsistir fuera de equilibrio, y por consiguiente posar en falso, como era preciso para representar el galope ó la corveta, y así se tuvo por quimérico el pretender hallar fuera de la figura del caballo, ó sobre el plan ó debajo de él, un equilibrio para tan gran salida. Algunas noticias de aquel tiempo indican que el célebre Galileo Galilei consideró imposible la empresa; pero las mas ciertas son que el mismo Galilei sugirió al Tacca la manera de mantenerlo. La destreza de Tacca contribuyó tambien al sostenimiento de esta máquina, en el modo que tuvo de formar los gruesos, y pegar las partes de ella: házla de dos trozos exceptuando las piernas y los brazos: el un trozo hasta la cincha, y otro desde la cincha á la cabeza: traxizó las piernas, y así fué aumentando ó disminuyendo los gruesos, conforme tuvo por conveniente para su intento. Pesa toda la obra de la estatua y el caballo, diez y ocho mil libras.

En cuanto á la actitud, se dirá lo que sintieron los inteligentes del arte de cabalar, suponiendo antes que el caballo se maneja en dos maneras, esto es, en los aires altos, y en tierra.

Una de las operaciones del manejo en el aire, es la corveta, formando cuando se levanta, caminando siempre doblando los brazos hacia el pecho, y manteniéndose ó equilibrándose sobre las ancas, bajando la grupa hacia el suelo.

La posada es otra especie de operacion en el aire, y esta hace el caballo al terminar cualquier manejo, hágase en tierra ó en el aire: es un género de corveta, con la diferencia de que en la posada se levanta mas en el aire que en la corveta, y despues se para y afirma con los cuatros piés; la alzada es nombre genérico de todos los movimientos que hace el caballo al alzarse con los brazos, y posarse sobre las piernas.

La actitud que dió Tacca al caballo, es como un medio ó compuesto de las dos referidas operaciones, no siendo corveta por no sostenerse lo bastante sobre las ancas, bajando la grupa y levantando la cabeza y espaldas.

Tampoco es posada por describir su figura una línea casi plana desde los ojos á lo alto de la grupa, debiendo ser inclinada: y últimamente, no es galope, pues para serlo debiera echar hacia atrás una de las ancas, y la otra adelante, y no estar iguales como están: por tanto se considera ser un cierto medio como se ha dicho en las tales actitudes, en lo que el profesor profectó con sabiduria, habiéndose observado los que ejercitan la noble arte de la escultura, que cualquier otro movimiento hubiera sido menos gracioso.

Acabada esta grande obra, y espuesta en la misma casa de Tacca, fué admiracion de los ciudadanos de Florencia: pero el artífice acabó sus dias inmediatamente, por graves disgustos que dicen le ocasionó un ministro del Gran Duque, nombrado para entender en los negocios necesarios, y en recompensa de

la obra. Esta se envió á Madrid para ofrecerla á S. M. en nombre del Gran Duque Fernando; y de dos hijos de Tacca, vino el mayor, llamado tambien Fernando, y ahijado del Gran Duque, el cual por haber estudiado la profesion del padre, y por su buen talento, se consideró capaz de hacer este oficio con el rey, de colocar la máquina en su sitio, y de componer los pedazos que lo necesitasen.

La referida obra se halla estimada en los inventarios del Retiro, en el precio de cuarenta mil doblones, aunque costó menos sin comparacion.

En la cincha del caballo se lee esta firma: Petrus Tacca F. Florentiae anno salutis MDCXXX.

Hay muy pocas entre las obras modernas de esta línea que se le igua en en el brio como está espresado el caballo, en la dignidad del ginete, en la hermosura y lo acabado de las labores que se ven, particularmente en los estribos, frenos, silla y en la banda del rey.

Constante el Real Patrimonio en hermosear por todos los medios imaginables esta plaza, hizo llenar los dos grandes espacios de terreno que quedaban á los lados de la glorieta, construyendo dos grandes jardines destinados al público recreo. En los solares contiguos al teatro y á la Encarnacion, se han construido elegantes casas, completando así el adorno de la plaza.

Este sitio tan árido en otro tiempo, es hoy uno de los mas amenos de la córte, y durante las tranquilas noches de verano concurren á él, deseosas de respirar un aire puro y fresco, numerosas familias que van á pasearse por entre las caljas de árboles de sus jardines, ó al rededor de la elegante verja de hierro bronceado que cierra la glorieta.

JUAN DE LA ROSA.

FILOLOGIA MORAL.

DIVERTIRSE.

El verbo *divertirse* me ha parecido siempre una ironía del diccionario.

Es un verbo retrospectivo que no tiene jamás aplicacion al tiempo presente.

Porque el presente de este verbo es ilusorio; porque son ilusiones todos sus presentes.

Verbi-gratia;

Presente de indicativo: *Me divierto*. No hay hombre que lo diga, como no sea rechinando los incisivos y demás compañeros mandibulares.—Para el que tal profiere, todas las letras son dentales, exceptuando la senectud, y cualquiera que llegue á verse como la Elia de Marcial.

Presente de subjuntivo: *¡Que te diviertas!* En esta frase hay siempre un dejo de amargura ó de tédio que me produce calofrios. El que la pronuncia suele guardarla para postre; como remate del diálogo, como un adios de despedida ó mas bien de fuga precipitada: equivale á decir sencillamente—salva la sencillez del que lo dice—«Vete con mil diablos, y véte solo, que á mí ya no me pillan.»

Presente de imperativo: *diviértete*. Esto no ha debido decirse jamás en su tono correspondiente, ni en su espresion gramatical. Si alguna vez se ha dicho, no arriendando la ganancia al imperado, y ¡Dios me libre del imperante!

Presente de infinitivo: *¡Divertirse!* Aquí la cuestion se presenta en globo...

¡Y en tanto el globo sin cesar navega
Por el piélagos inmenso del vacío!

¡Divertirse!... ¿Quién se divierte? ¿Como? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Quién? Ninguno!

¿Cómo? ¡De ningún modo!

¿Cuándo?... ¡A ninguna hora!

¿Dónde?... ¡En ninguna parte!

Es el verbo de los ningunos y las ningunas.

Caramba con el verbo.

Volveré á decirlo de nuevo, porque nunca se repiten sin fruto las grandes verdades:— El verbo *divertirse* es pura y simplemente una ironía del diccionario.

Es un verbo retrospectivo que no tiene jamás aplicacion al tiempo presente.

Su accion ha de ser póstuma en todos los casos imaginables. Nadie se divierte nunca, ni poco ni nada.

Todos se han divertido siempre, y se han divertido mucho, muchísimo, casi hasta caerse perniquebrados de diversion.

No parece sino que Dios ha negado á la humanidad el sabroso placer de *divertirse* algo, dándole en cambio con usura el insípido consuelo de *haberse divertido* maravillosamente.

¡Cuánto me he divertido en los albores de mi niñez!... dice el rapaz almirado de quince abríles, recordando con gran delicia la escuela y los azotes del maestro, y los pellizcos de su hermana mayor, y los castigos que escogitaba un tio segundo de su tia carnal, amen de las viruelas y el sarampion, y otros regalos que la madre naturaleza y la madrastra sociedad derraman largamente como lluvia del cielo sobre las tiernas cabezitas de su querida infancia... ¡Oh! cuando yo veo esas caras rosadas de algunos niños que, si no están llorando, reflejan en el azul de sus pupilas un dolor en que nadie repara; ¡pienso que han llorado ó que van á llorar, recordando con amargura lo mucho que antes de nacer, *se han divertido* allá en el cielo!...—Pero es evidente que los niños—que rabian siendo niños como unos cachorros—se han divertido mucho siendo niños, segun nos cuentan de rapaces.

¡Quién se viera en sus quince!... dice la doncellona de treinta y tres, hechando muy de menos aquella edad pasada de doncellita, en reclusion en que hechaba tambien de menos la edad, aun mas pasada, de ebicuela llorona... ¡Cuánto me he divertido en aquel tiempo! repite con tristeza pensando en un período de su existencia en que vivió desesperada, sobre poquito mas ó menos.

Siempre lo mismo, siempre. En todas las edades que se deslizan, por supuesto, sin diversion presente, recuerda la humanidad con amargura, y refiere con infinito regodeo los mas delectosos instantes de diversion pasada.

Se han divertido mucho, cuando eran hijos todos los padres, se han divertido mucho cuando eran padres todos los abuelos. Y así sucesivamente.

Pero ¡ay!... y esto es lo triste.

Los abuelos, que tanto, tantísimo se divertían cuando eran

padres, no se divierten ni poco ni nada cuando ya son abuelos.

Los padres, que, tanto, tantísimo se divertían cuando eran hijos, no se divierten ni poco ni nada cuando son padres.

Y así sucesivamente.

Hasta los ancianos mas achacosos se han divertido sobremas, segun nos aseguran cuando se ven decrépitos.

Hasta los decrépitos se han divertido como abubillas; solo que ya no lo recuerdan cuando se ven difuntos.

Y supuesto que las grandes verdades nunca se repiten sin fruto, he aquí el momento de volver á decir:

¡Que el verbo *divertirse* es pura y simplemente una ironía del diccionario.

Si yo fuese académico de la lengua española, y lo mismo digo si fuese académico de todas las lenguas, propondría al diccionario de las lenguas de que fuese académico, un pensamiento luminoso: Héle aquí y en su forma correspondiente:

Queda suprimido por todos los siglos de los siglos. el verbo *divertirse*.

En su lugar se crea el verbo *Haberse divertido*.

Pero como yo no soy académico, ni lo seré jamás,— así Dios me perdone todas mis culpas,— los diccionarios continuarán arrojando al rostro de la humanidad ese verbo sarcástico y absurdo que hace enseñar los dientes á todos los diablos del infierno.

Y en tanto que el verbo *divertirse* continúa siendo un borron de los idiomas, solo los diablos del infierno se divierten, riéndose del verbo y de sus infelices consumidores.

Pero vuelvo á mi asunto principal.

Que nadie se *divierte*, está probado.

Que *se han divertido* todos, es incuestionable.

Y ¿cómo se explica lo segundo sin lo primero?

¡Ay! se explica por un sofisma del corazón humano, por un error de óptica moral, que es, por desgracia, la mas turbia.

Se explica porque el hombre que *no se divierte* nunca ha menester al menos haberse *divertido alguna vez*, para no avergonzarse de su mezquina naturaleza, sí, ciertamente. Es un error de óptica moral, porque el hombre — ¡pobrecito! — no tiene mas prisma consolador que su desseo.

Es un sofisma del corazón, porque el hombre incierto de lo futuro, descontento de lo presente, se vuelve, y es un recurso á lo pasado.

El hombre es durante el hoy de su vida un tronco en el invierno.

Por eso el desdichado, en el hoy de la vida, que es su invierno, espera felicidades, que suelen no cumplirse: ¡Vaya, si suelen!

Y el tronco en el invierno, que es el hoy de su vida, — pues hablo del tronco en el invierno, y no en otra estación, — tambien espera flores, que suelen escarcharse.

Entretanto, es decir, en el hoy del invierno y de la vida, que son, como va dicho, el presente del árbol y del hombre, solo hay turbiones ó ventiscas para el primero, y desventuras ó percalances para el segundo.

De aquí resulta que el árbol, combatido en el invierno por los turbiones, que son su presente, y no muy seguro de las flores, — que son su porvenir, — se aferra á las raíces que son su pasado, y por ellas se asegura sobre la tierra endurecida.

Como tambien resulta, de la propia manera, que el hombre siempre agoviado por los percalances, — que son su presente, — y no muy tranquilo por las rosadas esperanzas, — que son su porvenir, — se vuelve á los recuerdos, — que son su pasado, — y por ellos se abraza con la existencia dolorosa.

Y gracias á los cielos, que salí bien ó mal de mi escabrosa comparacion.

Entre el árbol y el hombre, ya sé que hay diferencias y diferencias de calibre; pero todas redundan en pró del árbol.

¡Ay! cierto, cierto, cierto — Tan cierto como triste!

Tras del invierno viene la primavera, y el árbol deshojado se adorna por fin de flores.

Tras de la vida... ¡solo viene la muerte!

Pero me voy poniendo taciturno, y no era tal mi propósito al comenzar estos renglones.

Para consolarme de tan amargo pensamiento, voy ahora mismo á meditar cuatro minutos, y espero que... sin duda...

Pues señor, al avío: ya dí con el consuelo.

La suerte de un naranjo, de un alcornoque ó de un camueso, puesto que sea preferible á la de un hombre, está limitada puramente á un mundo material, precedero y transitorio.

La suerte del hombre, — puesto que harto inferior á la de aquellos leños, — tiene su lotecito reservado para un mundo mejor.

Y si el hombre, en su peregrinacion por la madre tierra — que le trata como á un hijastro — solo encuentra percalances y tropezones, para eso le está reservada la gloria eterna.

Para la materia, el mundo material.

Para el espíritu... el otro.

Decididamente me congratulo de no ser árbol.

Y hé aquí una prueba mas de la inmortalidad del alma.

Para acabar añadiré cuatro palabras sobre mi verbo.

¡Divertirse!

Al hablar de su accion retrospectiva y siempre póstuma, se me olvidó apuntar una excepcion que merece notarse por el curioso, y que voy á indicar ahora ligeramente.

No debe perderse de vista que á veces las excepciones son la regla general y vice-versa.

He aquí la excepcion y la regla:

Regla general — Por mas que se hayan divertido mucho, — nunca se divierten ni poco ni nada los *hombres*.

Excepcion. — Por mas que no se diviertan ni poco ni nada, — siempre se han divertido, se divierten y se divertirán muchísimo los *tontos*.

¡Y quiénes son los tontos? preguntará cualquiera.

Los tontos son los tontos.

Jesucristo no se atrevió sino á contarlos, y resultaron en número infinito.

En cuanto á su definicion verdadera, no sé quien asegura que el que no es tonto alguna vez, lo debe á la feliz combinacion de ser tonto siempre.

Y yo, que prefiero ser tonto accidental á ser tonto perpétuo me declaro al llegar á estas alturas tonto de capirote, un tonto que, por serlo, se divierte tambien horrageando tonteras.

E. FLORENTINO SANZ.

REDOWA.

INTRODUCCION.

8.^a

8.^a

Piano.....

Redowa...

Alleg. moderat.

First system of musical notation for the piano introduction, featuring treble and bass staves with notes and rests.

Second system of musical notation for the piano introduction, including a *dim.* (diminuendo) marking.

First system of musical notation for the Redowa, featuring treble and bass staves.

Second system of musical notation for the Redowa.

Third system of musical notation for the Redowa, including a *1.^a vez.* (first time) marking.

Fourth system of musical notation for the Redowa, including a *2.^a vez.* (second time) marking.

Fifth system of musical notation for the Redowa, including a *8.^a* (eighth measure) marking.

Sixth system of musical notation for the Redowa, including a *8.^a* (eighth measure) marking.

ba
di
to
ne
ob
Bl
Ur
llo

no
mo
dri
jos
agu
ran
no
ma
ces
á r

esp
sien
cion
pro
ma
no
mo

dij
du
vie
via
tai
den
que
esp
sa.
ter
non
vez
gar
que

duc
mas
que
en
An
que
nun

nor
de l
cur
ficio
da,
ra u

Har
cior
alej
me.
aca

don

casa
con

ella

felic

que
pru
clau

pad
para
de

Ah

quer
M. C
que
lo q
vues

por
flexi
Blar
mes
pad

fiest
que
Har
do á

EL ULTIMO VETERANO,

la condesa de Harleville y el mayordomo,

POR E. M. DE SAINT-HILAIRE.

Traducción de R. F. M.

(Continuación.)

—Casarla! dijo la condesa, había pensado ello. Pero para hacerla contraer una union conveniente, seria preciso que yo diese cuentas á su marido y por rechazo á su hermano de los bienes que su padre me ha dejado, y mis negocios en este punto estan tan embrollados que por confesion del mismo M. Gonet seria una mujer casi arruinada; mi dote no me representaria entonces mas que una fortuna tan escasa que me veria obligada á vivir como una aldeana; y además, una vez casada Blanca no tendria yo nietos? Yo abuela! Qué prerogativas! Un yerno interesado que tal vez me suscitaria pleitos; chiquillos que me llamasen abuela. Qué lástima!

—Es verdad, señora, que una mujer bella como vos lo sois, no puede doblegarse á esas necias denominaciones que enamoran á las mujeres comunes; pero por otra parte no podríais casar á la señorita Blanca con un rico extranjero y tan lejos que no oyeseis hablar mas de ella? Todos los años vais á las aguas; en vuestro primer viaje llevad á vuestra hija: no faltarán ricos y personas de mérito á esas citas de placeres, y alguno habrá que se enamore de la señorita Blanca y os pida su mano, sobre todo cuando sepa á qué familia pertenece; entonces aprovecharais la ocasion, la casaréis, y os volveréis aquí á reinar sola, sin rival y sin temor de encontrarla.

—Tu proyecto, querida mia, convengo en que tiene algo de especioso; pero prescindiendo de que la dote de Blanca será siempre difícil de contar, no tendré que luchar con las observaciones de Saint-Ange de la Pannetiere y tambien contra los propósitos de ese M. Bourguignon, ese antiguo soldado de mi marido que quiere verlo todo y registrarlo todo en virtud de no sé qué recomendacion que le ha hecho Harleville antes de morir.

—Qué tiene que mezclarse en nada ese viejo descamisado! dijo la camarista, que le importan, os pregunto, vuestra conducta y la felicidad de vuestros hijos? Ah señora, si yo estuyese en vuestro lugar, mucho tiempo hace que le hubiera enviado á paseo á él, su mujer y su hija, que es la urraca mas taimada que conozco. En cuanto á la señora de Saint-Ange, es demasiado buena la señora en tomar al pié de la letra todo lo que dice; es una vieja chocha que quiere continuar con vos la especie de tiranía que ejercia en tiempo de la señora marquesa. Creedme, señora, burlaos de los sermones de esa sempiterna vieja y de las reflexiones que puede hacer M. Bourguignon, por mas que sea Acuchillado, y enseñadles los dientes una vez. Que la señora tenga á bien darme carta blanca y yo obligaré á la Saint-Ange á largarse, á ella y á su imbecil Serafin que Dios me perdone, me mira con buenos ojos.

—No, mi querida Luisa, repuso la condesa, es preciso conducirse con mas política y mas destreza. Tu celo te lleva demasiado lejos; nunca conviene obrar bruscamente. Yo tengo que habérmelas con la opinion pública, que ya sé que no está en mi favor. Si yo despidiese demasiado rudamente á la Saint-Ange, á quien no puedo sufrir; si riñese con M. Bourguignon, que me es insoportable, se me criticaria, y no conviene dar nunca armas á la maledicencia.

—Mientras tanto, dijo la doncella con voz hipócrita, la señora se hace desgraciada, á todas sus acciones se les dá un giro de Becebu, y yo tengo el disgusto de ver su tez perder su frescura y su brillo... Y he de ver yo todo esto, contiúo la artificiosa doncella, poniéndose de rodillas delante de la bella viuda, y no he de poder hacer nada para evitar á mi querida señora una lágrima una herida?... Ah!

—Me conmueve tu adhesión, Luisa, respondió Mad. de Harleville enternecida, juguete sin embargo de las manifestaciones de adhesión de su doncella, pero en adelante tanto me alejaré de las flechas de mis enemigos que no podrán alcanzarme. Vamos, levántate chiquita, quiero perdonarte todo lo que acabas de decirme en gracia de tu afecto á mi.

Y la condesa dió al mismo tiempo su mano á besar á su doncella, que dijo despues de haberse levantado:

—Pues bien, señora, puesto que encontráis dificultades para casar á la señorita Blanca, por qué no la haceis entrar en un convento?

—Mi hija religiosa! exclamó Mad. de Harleville y consentirá ella nunca en semejante cosa?

—Y hay necesidad de consultar á los hijos para asegurar su felicidad?

—La señorita Blanca tiene piedad, ama poco el mundo, al que por otra parte aun no conoce. Su languidez ordinaria prueba que tiene un alma creada para la soledad; la vida del claustro le sentará á las mil maravillas.

—En cuanto á su hermano M. Gontrand, el nombre de su padre le abrirá cuando queráis las puertas de la escuela preparatoria donde ahora está para entrar en el ejército de oficial de rondon, é irá á Africa.

—A hacerse matar, no es verdad? interrumpió la condesa. Ah! Luisa, puedes concebir ideas semejantes?

—Pero señora, prosiguió la astuta doncella que conocia que queriendo llegar demasiado pronto al cabo se habia escedido; M. Gontrand no es hombre que se deje matar, yo solo quiero que sirva á su país, que adquiera un nombre como su padre, y lo que aquí me permito deciros no es mas que para asegurar vuestra dicha y la de los vuestros.

—Te creo, hija mia; y esta conversacion no sera perdida, porque acabas de desarrollar á mis ojos todo un porvenir. Reflexionaré en lo que hemos dicho; dentro de tres meses estará Blanca casada ó habrá entrado en un convento; dentro de tres meses será Gontrand oficial y seguirá la misma carrera que su padre. Iré á ver al ministro para ello.

—Recobró la condesa poco á poco su serenidad habitual y las fiestas se sucedieron en el castillo de Mennecey mas brillantes que nunca. En vano maese Gonet intentó probar á la señora de Harleville que acababa de arruinarse; ésta le respondió riendo á carjadas.

—Pero vuestros hijos señora? objetaba el notario con voz grave cuando se le incomodaba.

—Mis hijos caballero! Pues bien, á mi muerte gozarán de la fortuna que yo les haya dejado; no veo la necesidad de privarse de lo necesario para enriquecer inaratos.

—Oh! señora condesa, no todos los hijos son ingratos! Pero permitidme deciros respetuosamente que los gastos que haceis



esceden mucho de lo necesario: esos caballos de lujo, esos banquetes suntuosos, esos viajes costosos que emprendéis, esos parásitos que manteneis en el castillo, todo eso presumo que es mas que lo necesario.

—Preciso es dispensar algo á una pobre viuda que solo busca medios de distraerse un poco. Es verdad que mis caballos podrian ser menos hermosos pero mis viajes á las aguas los exige mi salud. Me gusta tener convidados porque ese es mi único placer. En cuanto á los que llamais parásitos, la palabra está mal elegida M. Gonet porque son mis amigos.

—¡Vuestros amigos! corrientemente, señora; el porvenir se encargará de probaros si esos amigos merecen ese título sagrado. El tiempo está ahí para llevar la antorcha de la verdad sobre esos individuos y desenmascararlos.

—Entre tanto señora, ¿no habeis pensado nunca que vuestros hijos protegidos por las leyes, pueden de un momento á otro pedir os cuenta de la fortuna de su padre, y eso sin atentar al respeto y la ternura que os deben?

—No se atreverían, repuso Mad. de Harleville. Esta respuesta, que el duque de Gina habia dado en otro tiempo en el castillo de Blois, consternó al notario.



—No no, se atreverían, repuso Mad. de Harleville con un tono de reina, á menos que algun personaje oficioso no les prestase el apoyo de su ministerio, lo que seria muy buen ejemplo para gentes que predicán la moral, y el respeto debido á las conveniencias.

Al pronunciar estas palabras, habia mirado la condesa á maese Gonet con ojos investigadores que parecian decir: «se-

ráis vos». El notario habia sentido toda la fuerza de aquella mirada y respondió con la flemma de un hombre honrado, ultrajado:

—Mi ministerio, señora, no es introducir trastornos en las familias, sino contribuir á mantener la paz en ellas. Así que, la alusion que acabais de hacer, no puede en manera alguna convenirme; sin embargo, debo declararos, que si la señorita vuestra hija, y vuestro señor hijo se viesen obligados á colocar sus derechos bajo la égida de la ley, y apelasen á mis consejos y á mi ministerio, no vacilaria en cumplir mis deberes de hombre público, porque no he olvidado que el honorable coronel de Harleville, que me honra con su amistad, me recomendó al morir la fortuna y el porvenir de sus hijos. No obstante, señora condesa, podeis estar segura de que yo nunca provocaré la desconfianza de vuestros hijos, respeto á su madre; me contentaré con lamentar vuestro error y nada mas. Dicho esto, se levantó el notario, saludó gravemente y se retiró.

—¡Oh! ¡esto es demasiado! exclamó Mad. de Harleville, despues que se habia marchado M. Gonet; es preciso que concluyan todos estos sermones. Luisa tenia razon, debo librarme de los criticos, y para cortar por lo sano, caso á Blanca con el primero que se presente; obtengo del ministro, lo mas pronto posible, una tenencia en el regimiento de Africa para Goutrand, y despues nos veremos!

XVIII.

DE COMO M. SERAFIN NO ERA UN ANGEL DE DISCRECION.

Un ojo ejercitado en registrar los pliegues del corazon humano, hubiera visto sin trabajo que las miradas del jóven Harleville, brillaban de una manera no acostumbrada al aspecto de Eufrasia, y que esta se ruborizaba al ruido de los pasos y al sonido de la voz de Goutrand; pero tambien la emocion de dos jóvenes, cuyo espíritu estaba profundamente imbuido de los principios de prudencia que se les habia inculcado en la infancia, se descubria con tanto candor y sencillez, que se les hubiera absuelto de buen grado de su amor, como se les hubiera perdonado los juramentos que habian cambiado entre sí.

El veterano habia sido de los primeros en adivinar la pasion que su hija habia inspirado al hijo de la coronela, aquella revelacion le habia entristecido. «M. Goutrand se decia será rico algun dia, si Mad. de Harleville no consume toda la hacienda, además, es sumamente noble. Eufrasia es un buen trozo de jóven, pero si en lo físico no tiene nobleza, en rebancha no tiene suelo en lo moral. El negocio no puede, pues, arreglarse, aunque francés es y muy frrrrancés uno y otro.

Una mañana que nuestro veterano hacia estas reflexiones por la vigésima vez fumando su pipa en su jardin, le interrumpió en sus meditaciones la llegada súbita de Serafin, el jardinero del castillo, que tambien se habia hecho un buen mozo.

—¿Qué hay, concripto? le preguntó el Acuchillado, al ver al jóven tan temprano, ¿se ha prendido fuego en la estufa? se ha presentado algun cocodrilo á orillas de los estanques?

—No hay cocodrilo ni incendio en ninguna parte á no ser en mi imaginacion, respondió Serafin, perdonadme si me tomo la libertad de incomodaros, M. Bourguignon: sé que sois hombre de buen consejo, y que estais pronto siempre á hacer un servicio.

—Debe ser así, Serafin: pero esplicate mas categóricamente, á fin de que pueda darte mi opinion sobre lo que aquí te trae.

—Voy á deciroslo sin circunloquios; sabeis que amo hace mucho tiempo á la señorita Luisa, la doncella de la señora.

—Lo ignoraba completamente: pero no importa, sigue adelante y apresura el paso de tu narracion.

—Sí, la amo hasta el punto de perder el apetito sin contar el espíritu.

—Eso es mal sano, Serafin; debe amarse razonablemente á las mujeres en general, y á la suya en particular, moderadamente. La señorita Luisa, sino me engaño, es una parroquiana maligna, como una comadreja.

—Es verdad, M. de Bourguignon: pero vos sabeis que el amor es como un ciego que ha perdido su baston ó su lazarillo y no sabe por donde anda.

—La comparacion es irreprochable, pero continúa, amigo mio.

—Pues bien, M. de Bourguignon, los celos me encienden la sangre.

—Mala enfermedad, dijo el veterano arrojando una bocanada de humo; ¿tienes, pues, sospechas mas ó menos equivocadas acerca de la felicidad de la señorita Luisa? añadió el veterano.

—Sí, las tengo.

—¿Y cuáles son las dichas sospechas?

—¡Oh! ¡vais á ver! Imaginaos, M. de Bourguignon, que en el número de los aldeanos que vienen á pasar semanas enteras al castillo, habia notado uno que hablaba á Luisa con mucha frecuencia. Al principio he creído que venia por la señora....

—Levanta esa cabeza, interrumpió bruscamente el veterano, y cuidado Serafin, con decir aquí cosas inconvenientes sobre la conducta de tu señora, porque esto podria ser poco ventajoso para tí. Es preciso no decir nunca mal de aquellos, cuyo pan comemos, no te digo mas que esto, porque... eso es.

—Dios mio, M. Bourguignon, yo no digo mal de nadie. Las palabras que acabo de soltar, se repiten en alta voz en el castillo, y no creia...

—¿Es posible? interrumpió el veterano, pero esas palabras no deben pronunciarse delante de mí, conténtate con decirme tu relato, y sé brebe.

—Os pido perdon, M. de Bourguignon, no me volveré á suceder. Uno de esos aermosos caballeros, repuso el jardinero, un baron polaco, uno de los que vienen mas habitualmente á Mennecey, y que permanece mas tiempo sin darnos nunca la menor cosa para beber, hablaba misteriosamente á Luisa por la noche, por la mañana, donde quiera que podria encontrarla, en el jardin, en el parque, en el patio, en las habitaciones. Yo daba quejas á Luisa, y ella me enviaba á pasear. Volvia yo á comenzar y ella me enviaba á dormir; en fin, cansado de ser así rechazado, le declaré que si no cesaba de cuchichear con el polaco concluiria por sucederle alguna desgracia. No sé si mis amenazas han producido efecto; pero una mañana el polaco ha tomado las de Villadiego y no ha vuelto.

—Pues bien, hé ahí un negocio arreglado; el campo de ba-

talla es tuyo: ¿estás ahora tranquilo como Bautista, mi querido Serafin.

—No tanto, M. Bourguignon: esa marcha no ha hecho mas que complicar el asunto. Luisa, desde la desaparición de ese gran licenciado, está de un humor *asesino*, me hace condenar mas atentamente; en una palabra: me trata ni mas ni menos que á un perro de aguas; es cosa de perder la respiración; amen de esto va al correo todos los dias...

—Pues bien, interrumpió el veterano, ¿qué tiene de compatible el correo de las cartas del país con tu sentimiento?

—No me comprendéis, M. Bourguignon; va al correo á recoger las cartas del polaco, cuyas cartas le son dirigidas *todos los correos*. ¿Comprendéis ahora el juego? M. Potard me ha dicho que además ella iba tambien á poner en la caja sus respuestas.

—Potard es un horroroso murmurador. Si tomas tus opiniones de esa tienda, Serafin, te digo con política y sin rencor que harás bien en no volver á poner los pies en mi casa.

—No tomo sus opiniones, M. Bourguignon, puesto que al contrario vengo á burcar las vuestras, respondió el jardinero con aire compungido.

—En buen hora, dijo el veterano.

—Todas esas idas y venidas me enredaban, y no sabía como hacer para saber lo que aquella correspondencia cantaba, cuando la casualidad ha hecho que me cayese en las manos una de esas misivas. Ayer al anochecer, en ocasion en que estaba en disposición de regar el gran panterre, frente al dormitorio de la señora, encontré á mis pies una carta en cuyo sobre habia escrito: «á la señorita Luisa, en Menneçy, por Corbeil.

—Conocido. Vete, pues, puro aldeano.

—Hé recogido la carta y he ido á ocultarla á la caballeriza.

—Eso es prudente, dijo el veterano, porque si hay indiscreciones se habrá de culpar de ellas á los caballos de M. de Harleville, ¿no es verdad? ¡Ah! que farsante sois, M. Serafin.

—En seguida he ido á leerla á mi placer.

A estas palabras el veterano frunció el ceño, diciendo:

—M. Serafin, habeis hecho mal, muuy mal.

—Despues que estaba abierta la carta, replicó el jóven.

—Has hecho todavía mas mal, en atención á que nunca se debe intentar conocer los secretos de otro, sea quien quiera.

—En fin, haya obrado mal ó no, la he leído; pero me he visto engañado, por que no he encontrado la menor palabra de amor en favor de la señorita Luisa; y sin embargo, el polaco habia firmado por debajo: Baron Golgorowski.

—Ah... dijo el veterano levantando la cabera, ¿Golgorowski dices?

—Pues bien; sí, el polaco, ¿le conocéis? uno alto, flaco, ¿no es verdad? Al hecho: es posible que le hayais encontrado en otro tiempo; ha servido con el señor conde.

—Es particular, dijo el veterano hablando consigo mismo, ahora creo que es ese gran Jayan que he encontrado á caballo...

—Sí, á caballo, interrumpió Serafin, viene siempre así á ver á la señora.

—Pero todos los polacos se parecen con sus cabellos rubios y sus bigotes rojos, dijo aun para sí el veterano. En seguida, dirigiéndose á Serafin, añadió: ¿y dices que es baron?

—¡Diablo! hay dias que se le llama señor baron, y otros señor mayor á eleccion de las personas.

—¡Ah! exclamó el viejo soldado, seria gracioso... ¡Oh! pero no; la cosa es imposible... ¿y despues, Serafin?..

—¡Pues bien! despues he visto que se maquinaba alguna cosa sobrenatural en el castillo y que la señorita Luisa era cómplice del polaco.

—Desde el momento en que esa carta no perjudicaba tu amor á la doncella de la señora de Harleville, es preciso devolverla, dijo el veterano; pero recobrándose al instante y como iluminado repentinamente por un presentimiento íntimo, replicó: ¿quieres confiarme esa carta, Serafin?

—Seguramente, M. Bourguignon.

—Entonces dáme la; y el veterano alargó la mano volviendo la cabeza.

—La he vuelto á esconder en la caballeriza, dijo el jardinero.

—En ese caso, vé á buscarla.

En el momento en que Serafin se disponia á partir, le detuvo el veterano por el brazo añadiendo, ¿quieres seguir mi consejo?

—¡Pardiez! vaya si quiero, como que no he venido para otra cosa.

—Hé aquí la órden del día, dijo el viejo soldado; no hables á nadie del hallazgo que has tenido en el jardín, porque supongo que va en ello envuelto el honor y el interés de tus amos. (Se continuará).

EL MUNDO NUEVO.

UN FILARMÓNICO.

I.

La ópera debe ser el espectáculo mas digno de un pueblo civilizado. Las tres bellas artes, música, pintura y poesia, cada una de las cuales tiene por sí bastante poderío para conmovér profundamente nuestro ánimo; reunen sus esfuerzos en el drama lírico, y su resultado no puede menos de ser el *plus ultra* de la belleza y del encanto.

Magníficas serán las impresiones que produzca; sublimes como el aspecto de los Andes, del Océano tormentoso, y de la inmensa catarata del Niágara, y mucho mas en un jóven que de repente se traslada á un teatro de primer órden, sin haber oído mas sinfonías que el fandango puntiado á su vecino el barbero, ni mas arias que algunas de la *Gazza Ladra* á la hija del organista de su pueblo, acomodadas á los gozos de la novena de nuestro Padre San Francisco.

Yo me hallaba felizmente en este caso. Aunque filarmónico furioso, conservaba con el mayor recato la virginidad musical de mis oídos: habia preferido dejar de asistir á las funciones líricas de una compañía ambulante, con ánimo de disfrutar mas de lleno de la grande sorpresa que me esperaba muy luego en los teatros de Madrid.

Llegó por fin el suspirado dia de ponerme en camino. Era el principal motivo de mi viaje un pleito que en última apelacion seguíamos en la córte, y cuya favorable sentencia debía agre-

gar un nuevo mayorazgo á los que ya posee la casa de mi padre. Al despedirme, no dije á mis amigos: «Adios, chicos, que me voy á Madrid», sino: «voy á la ópera», y cátenme Vds. entrando por la puerta de Alcalá, sentado en el pescante de una galera despues de doce dias de sosegado viaje, amen de cuatro que permanecimos estacionados en una venta, esperando á que se despegara un nublado de pronunciamientos que nos hubo de caer encima. No llamaba mi atención la anchurosa calle de Alcalá; porque á tiro de ballesta pude columbrar en una esquina una inmensa sábana pegada á la pared, que en letras de pié y medio decia: TEATRO.

—Esto es hecho, murmuré para mi capote; funcion tenemos esta noche, y juro que á pesar de amigos y parientes, y de diez y seis dias de movimiento...

Un siniestro y prolongado monosílabo del mayoral interrumpió mi juramento, y detuvo á las seis mulas que arrastraban el incómodo carruaje. Nos hallábamos al pié de la administración, y... ¡oh prevision! ¡oh providencia! allí habia tambien un cartel colosal, sentado sobre las ruinas de otros muchos, orlado de los deliciosos anuncios de cirujanos que todo lo curan en secreto, sin curarse para nada del rubor del público.

Al saltar á tierra me recibe entre sus brazos un paisano y amigote; me estruja sin compasión, y no bien se cansa, cuando llega de refuerzo, una tia baronesa que Dios me dió, pimpollo del pasado siglo, arrugada, seca, y blanda de ojos por añadidura. Fuera al lector muy enojoso referir todas las caricias que me prodigó; ¡ay! no fué menos para mí el recibirlas, sufrir sobre todo un beso de sus acartonados labios, y algunas lágrimas de *ternura* que de sus mejillas cayeron á las mias.

Desesperado de no poder acercarme á leer el anuncio, saqué la cabeza por el hombro de mi tia, y entre las angustias de semejantes apreturas, noté que hablaba de funcion lírica; pero el título de la pieza estaba rasgado. Contento yo de tan feliz descubrimiento, y no menos de haber salido del potro femenino, hé aquí que me arremete un enjambre de chiquillos todos nietos de mi tia, y todos importunos pedigüeños como ellos solos.

Huyendo de aquella barahunda, entré en el coche de mi respetable deuda, y allá se colocó mi amigo, allá la enemiga turba de diablillos, y allá por fin una robustísima pasiega con una criatura en el pecho y otra en la mano. Suponga el holgado lector los sudores y trasudores que pasaríamos durante la larga carrera que anduvimos, y yo particularmente, que por mal de mis pecados iba embutido en medio de mi tia y de la anchurosa pasiega llevando un par de sobrinitos en cada rodilla.

—Pero todo lo sufría con resignación, porque me informaron de que era la *Norma* del sublime Bellini la que aquella noche se representaba.

—¡Looado sea Dios! exclamé, ¿con qué se van á estrenar mis ojos con una de las obras maestras del arte? ¿Con qué voy al fin á penetrar en la region del encanto, de la metamorfosis y de la melodía?

Con estas reflexiones soportaba el sofocante calor de aquella infernal caverna.

Llegamos por último á casa. Abriéronse entrambas portezuelas del carruaje, y que por uno y otro lado principiá á vomitar gente y mas gente, y aun así llevaba trazas de no quedar ocupado en todo el dia. Sudando á mares, como estaba, me adelanté á dar la mano á mi tia; y como soplada un agudo viente de G. adarrama, y la op. racion se hizo con bastante calma, quedé trasapado de frio.

No bien la complaciente baronesa puso los pies en el umbral de su casa, cuando mandó que nos trajesen un par de lunetas para mi amigo y para mí; ¡oh dicha! ya las tenia en mis manos, ya iba á vestirme para salir, cuando una tos seca y pertinaz me acomete; tórname mi voz gangosa, empieza mi nariz á destilar, y J... ¡Jesús, qué constipado estás sobrino! me dice afligida.

—Esto no vale nada. Es un simple romadizo. Como salíamos sudando del coche...

—¡Qué sudando ni qué coche! La *grippe* es lo que tú tienes.

—¡La *grippe*! dije yo espantado. ¿Qué especie de animal es ese.

—Vamos: esta noche te acuestas tempranito, te darán unos pediluvios, una taza de flores cordiales, unas...

—Señora, esta no he voy á la ópera, aunque esa *grippe* sea el cólera ó la fiebre amarilla.

—¡Qué disparate! ¿Piensas que estás en provincia? Aquí es necesario tener mucho respeto á los resfriados, á las pulmonias.

Y diciendo y haciendo, me lleva hasta la alcoba; un criado estaba ya calentando la cama; mi tia me quita el leviton, mi amigo con aire socarrón me suelta los botones, y héme aquí en calzoncillos, en la terrible alternativa de meterme en la cama ó de morir helado.

Al otro dia ya estaba yo casi enteramente restablecido. Trajéronme con el desayuno el *Diario de Avisos*; pasé rápidamente la vista por las gangas, pérdidas, ocurrencias y nodrizas, y tropecé por fin con los teatros. «Hoy no hay funcion. Pasado mañana se pondrá en escena el aplaudido drama lírico...» ¡Maldito seas! exclamé tirando al suelo el insulso periódico y tú tambien córte de las Españas que con tantas compañías no puedes sostener una funcion lírica por dia. ¿En dónde estoy? ¿Si habré salido de mi pueblo?

En los tres dias de vacacion quise ocuparme de mi pleito. Anduve visitando á jueces, abogados, relatores, agentes etc. etc., pero ¡para casualidad! no encontré en casa mas que al último, á quien tenia que entregar bastante cantidad de dinero. Algunos de aquellos á la segunda visita me citaron para el sábado á la noche... ¡Estais frescos! decía yo; para el sábado á la noche tenia dos billetes de teatro, y habia aprendido á ponerme el pañuelo en la boca y con tan extraordinaria precaucion tenia tanto miedo á las *gripes* y á las pulmonias como al moro Muza; y en fin, aunque llevó el diablo todos los mayorazgos del mundo, el sábado á la noche entraba por las puertas del teatro con mi incomparable amigo.

Mi reloj adelantaba sin duda media hora. Los asientos estaban desierto: iban llegando poco á poco los músicos, y la araña de cristal subia leueta y majestuosamente, al parecer en alas de sí misma, desde la humilde region de la tierra á brillar como un sol en medio de la bóveda del coliseo. Alarmados por

la poca concurrencia salimos al pórtico, y allí la misma soledad y mayor frio. Un grupo de gente leia á la luz de los faroles el crito que resaltaba en medio del otro, y decia así: «Por indisposicion repentina de la primera *domna*, la señora doña...»

—¡San Ginés me valga!
«No puede ejecutarse la ópera anunciada en los carteles, y en su lugar se pondrá en escena el nunca bien ponderado drama en seis actos y doce cuadros...»

—¡Doce mil santos que te lleven! Dije con furia, haciendo añicos los billetes. ¿Es posible que todas las enfermedades se han de conjurar contra mí? ¿Es posible que todo un público haya de estar pendiente del catarro de una *prima donna*? ¿Es tanta la escasez de buenos actores que no haya quienes les sustituya?

Al dia siguiente la *prima donna* estaba sin novedad en su importante salud; pero una alarma hizo me detener en casa.

Al otro el bajel del Estado llegó triunfante al puerto de salvacion; pero me cogió el abogado de su cuenta, le llevó á una fonda para charlar despacio de nuestro asunto, como él dijo, y el resultado fué quedarnos á poco rato en disposición de alborotar, ó de dormir con el humillo del champagne.

—¡Al otro día me enamore!

—¡Qué muchacha la mía! vivia en una calle retirada cuarto bajo, con su madre viuda de un brigadier, y que contaba treinta y dos meses de atrasos en pagas. ¡Excelente señor! Pero sobre todo su hija. ¡Ah! ¡Su hija era una alhaja! ¡Tan vivarachita, con unos ojazos, un talento!... Vamos, al momento conocí que yo era forastero. Pasaba por su calle, y me quedé mirándola á la reja con la boca abierta...

—¡Caballero!
—Dispéñeme Vd., señora; mi curiosidad, ó mas bien dicho mi embeleso.

—Es Vd., forastero?

—Y de bastante lejos.

—¡Jesús! Juraria que es Vd. de mi pueblo.

—¡Cómo, señora! ¿Mi lugar habrá de tener la honra de ser patria de una deidad?

—Viene Vd. tan lisonjero que no puedo menos de ofrecerle mi habitacion.

Y sin darme mas gracias, entré volando en un cuarto á tiempo que la bendita de su mamá la regañaba por aquella libertad, suspendiendo el rezo del santo rosario.

Segun vimos luego, la niña se habia equivocado tomándome por otro; pero no se equivocó la maldita en la puntería que con sus negros ojos hizo á mi corazón.

La brigadiera me fué informando de las prendas de su hija, de su mucha aplicacion; todo cuanto veia, muebles, cuadros, mantillas bordadas y vestidos, todo era producto de su trabajo. Y para descansar, añadió, se sienta al piano y se pasa tocando las horas muertas.

—Toca Vd. el piano! le dije en tono suplicante.

—Y canta como un ruiseñor.

—No me sonroje Vd., mamá, dijo la hermosa, bajando la vista ruborosamente. ¿Qué dirá este cañero?

—Lo que digo, señorita, es que me hará Vd. un singular obsequio en mostrarme su habilidad. Sepa Vd. que soy muy filarmónico.

—Dilettante?

—Pues.

—Niñ..., no te hagas de rogar.

Y cantó...

¿Necesitaba aquella ninfa convertirse en sirena para acabar de trastornar mi cerebro? Al resonar los últimos acentos, la hubiera abrazado de puro entusiasmo, cuando en medio de mis ponderaciones oí á la brigadiera decir que pagaba con mucho gusto los cuatro duros mensuales por el alquiler del piano; yo le dí mi palabra de traerle al otro dia uno magnífico, á pesar de la resistencia que quiso oponerme, hija sin duda de su mucha delicadeza. Yo fui perdido, muerto por Elisa, que hasta su nombre era bonito; dispuesto á casarme con ella, á llevarla á mi pueblo, á encargarme un piano á Londres, y pasar todos los dias de mi vida contemplando en mi esposa y oyéndola cantar enagenado.

Aquella noche se ejecutaba una funcion extraordinaria. La empresa infatigable en despertar la aficion del público, habia contratado y traído de Italia una notabilidad musical. Una derrota del enemigo iluminaba el teatro; pero yo embebido en amorosos pensamientos no me acordé hasta el anochecer de que habia óperas en el mundo. Fui entonces al despacho de billetes... ¡Billetes! ¡Ca! ni por un ojo de la cara se encontraban. Me acosté despechado á las diez, á la hora en que me retiraba en mi pueblo; pero no dormi tan sosegado como en él dormia.

II.

Poco despues de amanecer volví á casa de mi hermosa. Su madre habia salido á misa y ella estaba sola, bordando. Manifestóse un poco inquieta por hallarse sin testigos delante de un hombre á quien veia por segunda vez.

Pero yo no deseaba otra cosa, veia los cielos abiertos, y la hice una acalorada declaracion de amor, que si bien al principio fué escuchada con indiferencia, no se pasó mucho tiempo sin que todas mis oraciones me fuesen devueltas por pasiva. Solo temia á su mamá, bastante rara y severa en materia de relaciones: pero Vd., añadió, ¡le ha caído en tal gracia!

No bien hubo dicho estas palabras, cuando se me presentó la brigadiera, y en los términos mas formales del mundo le pedí la mano de su hija. —No estrañe Vd., le decía, esta mi determinacion: yo soy un hombre franco, hidalgo, castellano viejo, y quiero jugar limpio ante todas cosas.

Por de pronto no tuve respu-sta alguna decisiva: pero no pasaron muchos dias sin conseguirla, y la mas satisfactoria del mundo.

Tan felices acontecimientos me habian hecho olvidar mis negocios, de tal manera que se falló el pleito en contra mia, y todos echaron la culpa á mi poca actividad. Mi tia que sospechó mis amores por la distraccion y continuas ausencias, castigada por el mal éxito del litigio, regaló conmigo formalmente, y yo que jamás pude sufrir tutores ni pedagogos, rompi con ella, y trasladé los cofres en una fonda.

Entre tanto, ni mis amores, ni mi pleito, ni mis desavenen-

LA PORTERA DE VICTOR HUGO.

(FRAGMENTO COPIADO DE MI CARTERA.)

cias domésticas me hicieron olvidar de la ópera. Pero el diablo que todo lo enreda, hizo que mi novia supiera mi afición; y que, ya fuese para probar mi cariño, ya por otra causa, me impusiera desde el principio de nuestro conocimiento el precepto de no asistir en todo un mes al teatro. Algo durilla era la exigencia para un hombre como yo, mayorazgo, hijo único, muy mimado y muy mal educado; algo extraño el capricho; ¿pero qué podía yo negar á unos labios como los de Elisa? Fuera de que un mes de abstinencia musical debía pasarse muy pronto á su lado.

Todas las noches me hacia ir á su casa de tertulia, para cerciorarse sin duda de que cumplía religiosamente su mandato; pero no tanto sentía mi privación, como el que ella faltase no pocas horas de su casa, y verme obligado á apachucarse con la eterna charla de su mamá, que yame iba fastidiando. Extrañábase yo con justo motivo; pero me satisfizo diciéndome que para ocurrir á la subsistencia de la casa, se había visto obligada á dar algunas lecciones de música á las hijas de no sé qué grande de España, y me prometió dejar á fin de mes esta ocupación.

Amaneció por fin un día en que recibí por el correo una carta de mi padre, corta de razones, pero preñada de misterios, en que me mandaba volver á casa con la mayor urgencia. Hubo muchos juramentos, muchos abrazos, muchas lágrimas y muchas promesas: hubo que me dió mi Elisa un rizo de sus negros y lustrosos cabellos, en cambio de mi retrato, que engarzado en oro y pendiente de una magnífica cadena, la dejé, con un brillante aderezo, en prenda de mi amor y de mi palabra.

Aquella noche, vispera de mi marcha, quise hacerla traición y asistir á la ópera, siquiera por tener que responder á mis paisanos, que conociendo mi grande afición, se burlarían de mí con sobrada razón si, despues de un mes de residencia en Madrid, llegaban á saber que me venía tan fresco como cuando salí de mi pueblo.

Mi amigo estaba ausente hacia algun tiempo, y por lo mismo fui solo. Hallábase en las puertas del teatro: los coches iban llegando á toda prisa, las gentes acudían que era un contento: y sítaban inútilmente la ventanilla del despacho de billetes, pero yo ya tenía el mio en el bolsillo.

Llamaron mi atención unos hombres de mal aspecto y de peor facha, que se arrimaban misteriosamente al oído de los que venían, murmurando no sé qué palabras. Yo me temí que la ópera se convirtiera en una conspiración: me temí que aquellos hombres diesen orden de que dejásemos el puesto; me temí... todo puede temer la imaginación de un hombre que tantos chascos había recibido.

—¿Qué gente es esa? le dije con voz aterrada á un conocido que se paseaba en frente del teatro.

—Son revendedores de billetes, me respondió, que se apoderan muy de mañana de cuantos pueden, para hacerle á Vd. el favor de dárselo á la tarde por el doble de su valor.

—¿Y no castiga la policía tan escandaloso monopolio?

—Es una raza inextinguible. Llenas están las esquinas de bandos contra tamaño abuso: pero ya sabe Vd. lo que son los bandos: los ladridos de un perro que avisa para no mordér.

Entré con mi conocido á las lunetas, y precisamente las tomamos juntas y en primera fila. La hora anunciada en los carteles para dar principio había pasado, y el público ocupaba casi todos los asientos; pero la orquesta callaba y el telon estaba inmóvil, y yo tiritaba no de frío, sino de miedo. El patio explicaba su impaciencia con un estrépito horrendo de pies y bastones, no sin dejar de llevar cierto compás en medio de tan desordenada algarabía: hubiera yo hecho mis observaciones sobre nuestra tendencia musical, á tener mas buen humor y menos desasosiego. Contentábase con maldecir á los alborotadores, y manifestar á mi vecino el temor de que los actores, irritados de semejante descortesía no quisiesen por lo mismo salir á las tablas y no se rió poco el buen hombre de mi simplicidad.

Los músicos comenzaron á templar los instrumentos; ¡Bárbaros! clamaba yo volviéndome al patio: ¡silencio! ¿Cómo han de afinar si no los dejais oír? Pero nada! ellos seguían tenaces con su monótono estruendo, hasta que un sonido armónico de toda la orquesta junta les hizo enmudecer.

El corazón me latía con mas violencia á medida que se acercaba el momento de conseguir lo que tanto anhelaba.

Alzase al fin el telon ¡Oh! no pude reprimir una exclamación de júbilo, y quedé como estasiado.

Era la *obertura* un magnífico coro de guerreros, ora sordo y conmovedor como la voz del Océano, ora terrible y violento como el mugido de los huracanes. Siguióse luego otro coro de vírgenes que vestidas de blanco y coronadas de flores salían con lento paso...

—¿Santo Dios, diga Vd., caballero, quién es esa corista? pregunté azorado.

—¿Cuál?

—La tercera de la izquierda. ¿quién es? La conoce Vd.?

—Y mucho.

—¿Su nombre? — Elisa.

—Elisa! repetí con voz ahogada.

—Si señor, prosiguió mi compañero, es una muchacha que la empresa ha ajustado provisionalmente para corista por un par de meses. La contrata concluye de aquí á quince días; pero la empresa no piensa renovarla, porque aunque tiene buena voz y mejor presencia, su conducta no corresponde á tan bellas prendas, y en cierta manera ofende á otras de su clase que están muy lejos de imitarla.

—Con que su conducta... su conducta, le dije cortado y balbuciente.

—Vamos, es... Cuando le digo á Vd. que asociada con una vieja que se dicesu madre, y es...

—¿Vea Vd., vea Vd. cómo la pérdida me mira y se sonrie!... No pude aguantar mas; atropellando á todo el mundo salí del teatro, fui á casa llorando de cólera y de vergüenza me precipité en el lecho...

A las cuatro de la mañana del día siguiente estaba fuera de Madrid: un mes de permanencia fué suficiente para que perdiese un pleito, riñera con una tia respetable, malgastase mi dinero, y me hiciese digno del enojo de mi padre, que informado de tantas locuras me mandaba llamar. Y no solo no pude conseguir ver una ópera, sino que quedé imposibilitado de asistir ni siquiera á un concierto; porque la música me recordaba muy vivamente aquella mujer á quien había tenido la debilidad de amar, y aquellas aventuras, cuya memoria me abochornaba.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

Habia yo leído no sé dónde que el creador de *Hernani* vivía en la Plaza Real, número 6.

Desdoblé el plano de París; busqué el camino mas corto y me dirigí allá, solo y á pié que es como yo hago esta clase de escursiones.

La *Plaza Real*, que durante algun tiempo se ha llamado *des Vosges*, es bellísima. Respirase en ella una calma, un sosiego que no son propios del agitado París. Rodéala un soporal de piedra; luego se encuentra una alta verja de hierro que comprende cuatro hermosas y sombrías calles de árboles. En cada ángulo hay una fuente rodeada de un precioso jardin. En el centro de la plaza se agrupan muchos elevadísimo álamos formando una espesa glorieta, bajo la cual se levanta una mala estátua ecuestre de mármol blanco, que representa á Luis XII, si no me equivoco.

En un rincón de esta plaza se halla el número 6.

Naturalmente, la puerta está bajo el soporal.

Es una gran ógiva, vieja como todo el edificio.

A la derecha, entrando, se encuentra la portera.

Dirigíme á ella, y previa demanda de perdon, pregunté á la portera, mujer de sesenta años, curiosa magra, y sumamente atenta.

—¿Es esta la casa de Mr. Victor Hugo?

—Sí señor; pero Mr. Victor Hugo no vive aquí.

—¿Ya lo sé.

Guardamos un instante de silencio.

La portera me miró con curiosidad.

Yo estaba fuertemente preocupado.

Entonces debió advertir lo que significaba mi visita.

—¿Sois extranjero? me dijo; ¿le habeis visto en Inglaterra?

Y un rayo de luz vivísima brilló en sus ojos apagados.

—No señora: soy español. He leído todas las obras de monsieur Hugo y deseo ver la que fué su casa.

Diciendo así, me quité el sombrero y entré en la portera, lujosamente amueblada como todas las de París.

La anciana me ofreció una silla, que yo acepté.

—La pur e de casa que habitaba Mr. Hugo, dijo ella de pronto, leyendo en mis ojos mis mas recónditos deseos, está alquilada.

—¡Alquilada! exclamé.

Luego, calmándome!

—Yo creí, dije; que nadie se hubiera atrevido á profanarla de ese modo... creí tambien que...

—Os advierto, interrumpió la portera; que esta casa no es ya de Victor Hugo, sino de Mr... T.

—¿Cómo?

—Sí, hace cuatro años que fué confiscada por el gobierno y vendida al mejor postor.

—Se pagaría muy cara...

—Como cualquier otra.

—Pero al menos ese Mr... T. debía haber respetado el departamento del poeta; debió conocer que, si no los franceses, los extranjeros habían de venir á visitarlo...

—¡Oh! no, señor; vos sois el primero que ha pisado estos humbrales con intención amiga despues de la partida de monsieur Hugo.

—¿Quién viene, pues aquí?

—¡La policía!

—¿Cómo se achica el Aguila! pensé para mí.

—Además, continuó la portera: ese departamento reditúa tres mil francos anuales de alquiler, y ya comprendeis que Mr... T. no estaba en el caso de perderlos.

—¿Y quién es el nuevo inquilino?

—Mr... H... un negociante... Si estuviera ahí, os enseñaría la casa; pero ha salido. Podeis ver el jardin y los balcones.

En cuanto á los muebles eran ya otros. Monsieur Hugo tuvo que vender los suyos en almoneda pública.

—¿Cómo se enloda el Aguila! pensé para mí.

Luego, cambiando mi sonrisa amarga en una mirada de afectuoso interés, volvíme á la pobre vieja y le pregunté con emoción:

—¿Conocisteis vos á Victor Hugo? ¿Llegasteis á ser su portera?

La buena mujer cruzó las manos.

—¡Mi Dios! dijo. ¡Si yo he visto nacer á sus hijos! ¡Si los he criado en mis brazos!

—¿Y vos!

—¿Como que estoy esta en casa hace cuarenta años! Mr. Hugo vino á ella en 1832; ha vivido aquí diez y siete años y medio: ¡diez y siete años y medio, señor!

—¿Y ¿hace mucho tiempo que está en el destierro?

—Vá para cinco años.

Quedamos otra vez silenciosos.

La anciana agradecia con todo su corazón mi interés por el gran poeta... por su bondadoso amor; porque para ella no era mas que su amo, y me miraba con verdadera efusión.

Yo acaricié al hijo de aquella mujer leal y cariñosa.

Erase un chico de diez ó doce años, vivaz y astuto como son todos los de París, especialmente aquellos que viven próximos á una plaza ó en las márgenes del Sena.

La madre apreció mi acción en todo su significado.

—Ved un retrato de Mr. Hugo, exclamó de pronto.

Y descolgó de la pared un pequeño cuadro al pastel, que representaba al autor de *Marion Delorme*, á la edad de treinta y cinco años. Vestía de negro.

—Parece buen retrato... dije yo, que hubiera hecho cualquier sacrificio por arraverme á proponerle que me lo vendiera.

—Madama Hugo me lo regaló al tiempo de marcha... Es obra suya.

—¡Ah! dije para mí, arrepentido de mi anterior idea:

Luego:

—¡Madama Hugo pinta admirablemente! exclamé devorando el retrato con la vista.

—¡Si la conocieseis!... ¡Es un ángel! murmuró la portera.

—¡Madama Hugo es un ángel! repitió melancólicamente... Bien que toda la familia...

La pobre mujer se enjugó una lágrima.

Yo colgué el retrato por hacer alguna cosa.

—El no volverá nunca á Francia... dije imprudentemente;

pero en son de queja.

—¡Ah! nunca.

—¿Y sus hijos?

—Mr. Carlos puede venir; pero no quiere: Mr. Victor sigue la misma suerte que su padre, y no puede tampoco entrar en Francia.

Despues de otro largo silencio en que nuestras dos almas volaron al lado de los proscritos, pregunté yo, por sacudir mi preocupacion.

—¿Es jóven Madama Hugo?

—Jóven y hermosa ¿Conoceis á su hija, á *Mademoiselle*.

—No; pero he oido celebrarla mucho.

—¡Ah! ella es superior á todo elogio.

—¡Santa familia! suspiré volviéndome á sentarme.

La portera soltó la labor en que se ocupaba cuando yo llegué, y se sentó á mi lado.

—Esta casa era el cielo... repuso, cogiéndome una mano con una familiaridad que me encantó. Citábase en todo París como modelo de paz, de felicidad doméstica; Mr. Hugo es el mejor de los hombres!

Nuevas lágrimas corrieron de los ojos de la vieja.

—Luego aquí compuso sus mejores obras... exclamé yo para mudar de conversacion.

—Aquí escribió su *Notre Dame*, sus segundas poesías, todas sus piezas dramáticas, todas sus obras, en fin, menos sus ensayos de adolescente.

—¿Las habeis leído vos? pregunté, cada vez mas admirado ante aquella extraordinaria mujer.

—Vedlas... Abí están todas, repuso mostrándome un pequeño estante de nogal, ocupado por diez ó doce volúmenes en folio. Mr. Carlos se las regalaba á mi hijo cuando éste aprendida á leer. Yo las aprendo de memoria en mis ratos perdidos.

—El *Museo de la casa de Moneda*, dije para distraerla de nuevo; he visto una medalla de cobre que tiene su busto.

—Tambien la guardo yo... vedla. Se acuñó cuando pronunció el *Discurso contra la deportacion* en la Asamblea nacional.

—¡Famoso discurso!

—¡Y tan famoso! ¿Cómo que se vendieron en un día cien mil ejemplares á cinco céntimos!

—Aquel día le sacaron en hombros de la Cámara...

—¡Oh! perdonad: eso fué cuando habló contra la pena de muerte en defensa de su hijo...

—Dices bien... aquel día...

—¡Oh! aquel día, exclamó la portera con entusiasmo; aquel día le trageron en triunfo hasta aquí! Yo le ví entrar por esa puerta... Los brazos del pueblo le servían de trono... El no quería verse de esta manera... ¡Es tan modesto!—Su familia bajó llorando de alegría á recoger de los brazos de la multitud al gran tribuno. El pueblo lloraba tambien... Al poco tiempo... Mr. Hugo tuvo que emigrar con toda la familia.

—Si quereis, visitaremos el jardin, dije levantándome.

Anduvimos en silencio.

Al pasar por el patio que precede al jardin, levantó la anciana una mano, y me designó un ba con de segundo piso.

Yo la comprendí y murmuré.

—Allí trabajaba...

—Sí.

—¡Allí trabajaba! repetí en otro tono, contemplando la persiana caída del balcon.

—Por las tardes, cansado de la tarea del día, se asomaba á ver jugar á sus hijos en este patio, ó allá en el jardin...

—Vamos... vamos al jardin, dije yo aturdidamente.

El jardin es primoroso; pequeño, pero rico de raras flores, de sombríos árboles, y dividido en cuatro partes para los cuatro departamentos de la casa.

—Este pedazo cultivaba él, dijo la anciana. Ahora estaria descuidado, pues el nuevo inquilino no tiene afición á las flores; pero yo lo rieigo y lo cultivo, aunque sé que mi señor no ha de volver á verlo.

—No volverá, repliqué yo.

—Vos amais á Mr. Victor Hugo... observó la portera mirándome profundamente.

—¡Señora, respondí; es uno de los hombres que mas respeto en el mundo.

Una hora despues salí de aquella casa con el pecho oprimido, con la amargura en el alma, con la ira en el corazón.

—¡Anciano! murmuré cuando me ví solo, perdona si he profanado el templo de tus meditaciones.

Lejos de mi patria, como tú de la tuya; acusado de tu mismo crimen, de mi amor á las clases desheredadas, con alma bastante para comprender los vuelos de tu imaginacion, ya que no con alas para seguirlos, he venido á tu hogar abandonado á besar la fría piedra que ha pisado el sábio, el poeta, el orador, el hombre de bien, cuya fama llena el universo.

Apura resignado tus horas de tribulacion; que cuando se hundan los imperios y se pierdan en el vacío los nombres de los que dominan por las armas, la humanidad reconocida te pagará en amor y respeto tus años de espatriacion; te bendecirá y á tus hijos; te alzarán monumentos con las ruinas de esta caduca sociedad, y maldecirá á los que han amargado los últimos días de tu vida.

Tu reinado es imperecedero, anciano: tú brillas por el talento y la virtud: tú no has hecho el mal: tu mision ha sido de gloria y bienandanza. Cuando los que te injurian hayan vuelto al oído, tú vivirás, tú reinarás, tú lucirás en el hermoso cielo del porvenir.

Los que te encarcelan, no pueden evitar que tu nombre vuele libre por el mundo.

Los que te arrojan de Francia, respiran un ambiente impregnado de tu fama, de tu gloria.

Los que caban tu sepulcro no pueden enterrar en él tus obras.

Tu inmortalidad triunfará de ellos.

Porque ellos son ídolos de polvo, que deshará la muerte, y tú eres la luz del cielo, foco eterno de vida!

París 6 de Junio de 1855.

P. A. DE ALARCON.

